

Maximiliano Orioli

Las obras ocultas

SADE - 1941



Maximiliano Orioli

Las obras ocultas

Orioli, Maximiliano
Las obras ocultas / Maximiliano Orioli. - 1a ed. - Remedios de
Escalada : 1941, 2022.
Memoria USB, PDF

ISBN 978-987-48440-0-2

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Edición original (libro físico): Octubre de 2016

Protegido por el Centro de Administración de Derechos
Reprográficos de la República Argentina. (www.cadra.org.ar)

Contacto con el autor: maximiliano_orioli@live.com.ar
www.maximilianoorioli.wordpress.com
www.maximilianoorioli.wix.com/sade

Diseño de tapa: 1941

Corrección: María Florencia Taboada y Matías Orta

Traducción del texto del primer guión al inglés: María Florencia
Taboada

Traducción del texto del primer guión al italiano: Maximiliano
Orioli

Diseño de interiores: 1941

Maximiliano Orioli

Las obras ocultas

SADE - 1941

Incommodaꝝ simulationis

Prólogo

Ya eran pasadas las nueve de la noche, una joven de veintiséis años estaba sentada en el sofá de su comedor viendo televisión junto con su perro. Frente al sofá tenía un pequeño puff, pero ella se hallaba inclinada apenas de costado y con las piernas flexionadas sobre el sofá. Estaba solo con una remera y un pantalón capri. No parecía haber encontrado algo en la televisión, por lo que continuaba haciendo zapping con el control remoto. Después de un rato, cambió de posición poniendo los pies en el puff. En determinado momento, desde afuera empezó a escucharse un ladrido de perro. El perro de la joven enseguida corrió hasta la ventana y empezó a ladrar también. Sin embargo, segundos después se empezó a escuchar la voz de un joven enojado que gritaba por encima de los ladridos. La joven puso silencio en el televisor. Se llegaba a escuchar que decía:

- Perro de mierda, siempre pasa lo mismo. Es siempre lo mismo. No sé por qué mierda no hacen nada con los perros callejeros. La puta madre que los re mil parió.

La joven se levantó del sofá y caminó hasta la ventana. Allí vio que efectivamente un joven le gritaba a un perro. Éste se llamaba Esteban y tenía veinticinco años. No paraba de gritarle:

- Tomátela. Tomátela, dale.

Fue entonces que empezó a pegarle algunas patadas. La joven volvió al sofá y agarró su celular de una pequeña mesa ubicada junto al mismo. Volvió a la ventana y empezó a filmar la situación. Esteban seguía pegándole pero el perro se resistía a irse, y en un momento le mostró los dientes, por lo que Esteban le gritó:

- ¿Qué me mostrás los dientes? Perro de mierda. Andate, te dije, la puta que te parió.

Intensificó las patadas y el perro empezó a llorar de dolor; luego de eso, totalmente fuera de sí, lo acorraló continuando de ese modo, el perro intensificó su llanto e intentó irse, pero Esteban, aún cegado por la bronca, lo siguió y le pegó unas patadas más. Finalmente dejó que se fuera. Para entonces, levantó una de sus piernas y trató de ver indignado qué tan grande era el agujero que había quedado en la parte inferior de su pantalón. Luego de eso, retomó su camino para el lado opuesto. La joven cortó la grabación y caminó hasta al lado del sofá, seguida de su perro.

Parte 1

Por momentos parecía fluir más rápidamente, por momentos parecía hacerlo de forma más lenta. Incluso algunas unidades llegaron a detenerse unos segundos entre dos estaciones, pero en líneas generales, la línea B del subte funcionaba normalmente. Era lunes al mediodía y de a poco la hora pico iba quedando atrás. Esteban iba sentado

escribiendo algo en su celular. En una estación se subió una pareja de su edad que se sentó casi enfrente de él. Algunas estaciones después, ya no había gente parada entre las filas de asientos, solo algunas personas apoyadas en las paredes de los costados, más allá de que en algún que otro sector se veía algún espacio libre entre los asientos. La pareja iba dialogando, por momentos se daban besos y por momentos iban en silencio. En determinado momento, ingresó al vagón un joven vendedor que repartía las revistas “Hecho en Buenos Aires”. Iba pasajero por pasajero preguntándole a cada uno si podía dejarle un ejemplar. Algunos aceptaban, otros rechazaban. Pasó por la fila de asientos en los que estaba Esteban, él no lo aceptó. Luego pasó por enfrente, donde estaba la pareja, tanto ella como él rechazaron el ejemplar, pero el vendedor dejó de todas formas uno sobre las piernas de ella, lo cual no les gustó a ninguno de los dos, en especial a él. Ella lo agarró y le dijo a él que la ubicara a su costado ya que ahí había uno de los espacios libres. Él realizó lo solicitado. Algunos minutos después, el vendedor fue retirando los ejemplares, algunos se lo devolvían, otros se lo quedaban dándole el dinero que costaba. En la fila de asientos donde estaba Esteban, hubo un par de personas que hicieron esto último. Cuando pasó por donde estaba la pareja, él agarró la revista y se la dio al vendedor, pero éste seguía acomodando en el bolsillo el dinero que le habían dado en la fila de enfrente. Él lo aguardó sosteniendo la revista, pero éste trataba de seguir metiendo el dinero en el bolsillo de manera segura. Cuando terminó, levantó la mano para agarrar la revista pero entonces el joven la volvió a dejar al lado de él donde estaba. El vendedor lo miró y le dijo:

- ¿Me la tenés que sacar de la mano así, capo?

- Te la estuve sosteniendo y no la agarrabas.

- Me estaba acomodando la plata en el bolsillo. – Dijo el vendedor mientras agarraba la revista del asiento – Te la tendría que meter por el culo.

Automáticamente el joven se enfureció de forma desmedida y se puso de pie a toda velocidad.

- ¿Me estás hablando a mí, pelotudo de mierda?

Todo el vagón se puso en alerta. La pareja del joven intentaba agarrarlo para calmarlo.

- Calmate, flaco – Le dijo burlonamente el vendedor.

- No, dale, hacelo ¿a ver? La concha de tu madre.

En ese instante, el vendedor le dio un golpe seco y súbito de puño en la nariz. La cabeza del joven se inclinó bruscamente hacia atrás y la expresión era la de alguien sumamente mareado. Un segundo después, éste cayó sentado al suelo con la espalda apoyada en la base del asiento. Justo en ese momento, el coche había abierto sus puertas y el vendedor desapareció con la misma velocidad del golpe que había propinado. Gran parte de la gente de ese vagón, entre ellos Esteban, se levantó para ayudar al joven que intentaba ser reanimado por su pareja. Parecía que su tabique se había roto. Fue entonces que uno de los trabajadores del subte ingresó al coche para ver qué había pasado. Algunos de los testigos empezaron a dar sus testimonios. Esteban vio que iba para largo, y aprovechando que era su parada, se bajó. Ya en la calle, caminó por la avenida Rivadavia en dirección al bajo. El hotel Imperio estaba a tres cuadras. Era un hotel de dos estrellas, humilde, pero muy requerido por aquellos que debían quedarse algunos días por la zona, debido a las comodidades que ofrecía y a la buena ubicación geográfica. De hecho, era uno de los dos más requeridos en la zona, el otro se llamaba Santana y se ubicaba a dos cuadras de distancia, hacia el lado de la Avenida Nueve de Julio. Desde hacía tiempo, se había generado una cierta rivalidad como consecuencia de lo recién mencionado. Para Esteban, no era la primera estadía en el Centro porteño, y ya se había convertido en habitué del hotel Imperio. Acababa de terminar su licenciatura en comunicación y trabajaba como periodista free-lance,

siempre muy interesado en los eventos políticos del país. A cada uno que asistía, solía llevar su cámara de fotos, su anotador y su birome. El motivo de esta nueva estadía en el hotel Imperio se debía a la campaña que se había anunciado en redes sociales y en televisión, una campaña que iba a ser llevada a cabo en la plaza de los Congresos, durante cuatro días, por un numeroso grupo de militantes políticos que decían ir a exigir la intervención del gobierno en determinados temas. Era una campaña con tanta gente, que había tenido una repercusión mayor de la esperada.

Ya en la habitación, Esteban se puso cómodo, sacándose la campera, las zapatillas y las medias, sacó la notebook de su mochila y se puso a trabajar en ella. Empezaba a soltar algunas ideas que tenía para un ensayo que estaba interesado en escribir. Algo basado en sus experiencias llevadas a cabo, hasta ese momento, cubriendo eventos políticos. La idea la había empezado a considerar cuando un amigo de él, que había conocido en la facultad, escribió un ensayo basado en sus experiencias conviviendo con diversos sectores de la sociedad, que tuvo mucha repercusión en ciertos grupos del periodismo debido a lo polémico y controvertido, se titulaba: “¿Por qué los argentinos tienen la costumbre de toser sin taparse la boca?”. Cuando las ideas que intentaba soltar parecieron detenerse, ingresó al blog personal que tenía con algunos seguidores, en éste escribía artículos donde explicaba y analizaba diversos hechos políticos, los cuales, según él, mostraban la hipocresía de los militantes que hacían de cambiar el mundo una bandera política, llevaba el nombre de: “Incommodae simulationis”. Su intención de ingresar era la de chequear si había algún comentario más en su último posteo, el cual empezaba a hablar de la nueva tendencia de los militantes a sacarse fotos con carteles que mostraban mensajes políticos específicos, y a ese posteo lo había titulado: “Todos provocan... yo también”.

Algunos minutos después, tocaron a su puerta. Esteban dejó lo que hacía y fue a abrir. Se trataba de Julia, la gerente del hotel, una mujer de treinta y cuatro años. Se saludaron y ella le dijo:

- Recién me dijo el recepcionista que habías ingresado.

- Sí, me comentó lo que hicieron y quería agradecerles.

- No, es una política que venimos teniendo hace unos meses con las personas que ya tuvieron varias estadías acá, para poder hacerles una retribución. Porque además, en todos los casos se trata de personas que vienen por trabajo. Entonces, por una cuestión de comodidad, si está disponible, los pasamos a esta habitación, manteniendo el precio de la que habían reservado.

- Bárbaro, muchísimas gracias, la verdad que es comodísima. Yo siempre menciono este hotel en el blog donde escribo, ya todos saben que es el hotel donde me quedo cuando hay trabajo por acá en el Centro.

- ¡No me digas! Bueno, muchísimas gracias por la publicidad. La idea es hacer que pase eso, y te digo como les decimos a todos, desde ya estamos a disposición por cualquier cosa que necesiten.

- Muchísimas gracias.

- No, es un placer. En tu caso particular, sos un pasajero modelo, y eso es algo que... lo valoro mucho.

Esteban se sintió halagado y dijo:

- Bueno, muchas gracias, yo la verdad que me siento muy cómodo cuando vengo, y la atención es muy buena, así que... muchas gracias.

- No hay problema. Bueno, te dejo seguir con tus cosas, nos vemos.

- Nos vemos.

La mujer se retiró y Esteban cerró la puerta sintiéndose contento por lo que le acababan de decir. De esa forma, volvió a sentarse frente a la notebook y continuó con lo que hacía. Poco después, se dirigió a la plaza de los Congresos y

empezó a presenciar el primer día de la campaña. Muchos militantes con bombos, banderas y carteles se podían ver a lo largo del lugar, así como un pequeño escenario con micrófono armado más cerca del fondo y una enorme pancarta, al costado de éste, con nombres de gente del medio que apoyaban la campaña. En un sector particular, había un grupo de fotógrafos que cuando veían a alguien cerca con algún cartel, le pedían que fuera al sector y que sostuviera el cartel frente a ellos. A Esteban, esto era lo que más le interesaba, ya que parecía que había un cartel para cada uno de los temas que los militantes exigían ser tratados, por lo que se acercó al lugar y también comenzó a darle uso a su máquina fotográfica. La primera persona en ser fotografiada fue una joven de veintipico de años, con el cartel:

ABAJO EL PATRIARCADO

La segunda fue una mujer de treinta y pico de años, con el cartel:

MI CUERPO, MI DECISIÓN

Y la tercera, una mujer un par de años mayor, con un cartel que mostraba varias vacas con algunos otros animales y al lado la inscripción:

NO SOMOS MEJORES QUE ELLOS

Esas eran las personas que hasta ese momento parecían tener carteles. Poco después de esto, una joven de la edad de Esteban, llamada Nadía, subió al pequeño escenario para darles a todos la bienvenida, explicando el objetivo de la campaña.

Debido a que muchos de los temas anunciados en las redes sociales y en televisión no habían llegado a ser vistos para el final del día, Esteban supo que estos iban a estar repartidos en los cuatro que iba a haber de campaña, por lo que regresó al hotel a cenar algo y a dormir.

Al día siguiente repitió su itinerario. Durante la tarde, en el segundo día de campaña, volvió al sector de las fotografías. Esa vez, la primera persona en ser fotografiada fue una joven de poco menos de treinta años, con el cartel:

PROSTITUCIÓN = TRATA DE PERSONAS

La segunda, un hombre de cincuenta años, con el cartel:

TENGO DERECHO A MORIR CON DIGNIDAD

Y la tercera, una joven de veintipico de años, con el cartel:

YO ESTOY A FAVOR DE QUE LAS MASCOTAS
VIAJEN EN LOS MICROS CON SUS DUEÑOS Y
SEAN ACEPTADAS EN HOTELES Y
RESTAURANTES

Nuevamente, ahí pareció concluir el momento de las personas que mostraban carteles, y también poco tiempo después, un joven de la edad de Esteban, llamado Rafael, se subió al escenario y dio un discurso similar para los que se estaban incorporando ese día. Para el final, Esteban volvió al hotel para cenar algo y dormir. Lo mismo iba a realizar al día siguiente. En esa ocasión, la primera persona en ser fotografiada fue un hombre de treinta y pico de años, vestido de mujer, con el cartel:

ÉRICA DALMÁREZ. 34 AÑOS. ARGENTINA. MUJER

La segunda, una mujer de treinta y pico de años, con el cartel:

SI NO TE GUSTA VER A UNA MUJER DÁNDOLE EL PECHO A SU HIJO, MIRÁ PARA OTRO LADO COMO HACÉS CON EL HAMBRE Y LA POBREZA.

Y la tercera, una mujer un par de años menor, con el cartel:

NO A LA PROHIBICIÓN DE PERROS EN CUALQUIER LUGAR PÚBLICO, LA PROHIBICIÓN POR SU CONDICIÓN DE PERROS ES DISCRIMINACIÓN

Sin embargo, al término de esto, algo iba a marcar una diferencia con los días anteriores. Un reducido grupo de manifestantes ingresó a la plaza con pancartas que decían “El país es de todos”. Inmediatamente fueron visualizados por los manifestantes de la campaña y un sector fue directamente a ellos con el objeto de intimidarlos y hacer que se fueran. Enseguida, Esteban vio esto y dejó lo que hacía para ir a cubrir lo que presentía que iba a pasar, lo cual efectivamente pasó. El grupo recientemente ingresado se resistía a irse del lugar, por lo que aquellos que habían ido a intimidar empezaron a aplicar el uso de la violencia física. Los hombres se encargaban de los hombres y las mujeres de las mujeres. Ninguno de los fotógrafos presentes llevó el apunte de lo que ocurría. Esteban sentía que se le había presentado una oportunidad única que no podía perder por nada del mundo y no dudó en fotografiar cada segundo del hecho, cada vez desde más cerca y cubriendo todos los ángulos posibles. Debido a lo reñido del enfrentamiento, otros manifestantes de la campaña se acercaron a ayudar a

sus compañeros, y de esa forma lograron finalmente reducir a los recién ingresados sacándolos de la plaza, quedándose allí como una especie de vallado en caso de que quisieran volver a ingresar. Esteban también fotografió esto. En determinado momento, Rafael se le acercó diciéndole:

- ¿Qué es lo que hacés, pendejo?

- Mi trabajo.

- Nosotros acá estamos ayudándonos entre todos y vos venís a grabar algo que lo único que hace es perjudicarnos.

- Ellos también tienen derecho a manifestarse.

- Ellos son el sector más retrógrado que no acepta los cambios de la sociedad.

- Ese es el único discurso que se les ocurre, no se les cae una idea. ¿Nunca se pusieron a pensar que tal vez los retrógrados son ustedes, así como los que no aceptan al que piensa diferente? Acá los únicos que están demostrando eso son ustedes.

- Nosotros velamos por los intereses del pueblo.

- Es mentira. – Exclamó Esteban – Ustedes velan por sus intereses. Ustedes luchan por lo que les conviene a ustedes.

- ¿Por qué? ¿Vos qué pensás sobre lo que estamos exigiendo?

- ¿Qué importa que piense yo? Lamentablemente, el gremio al que pertenezco ya decidió por mí. El periodismo ya decidió que las cosas que están exigiendo están bien, y ya decidió que el que no las comparte está equivocado. Ya decidió qué cambios son los que la sociedad tiene que hacer y qué cambios son los que no. Ya está, ya lo decidió. ¿Qué importancia tiene lo que piense yo? Los cambios se dan de arriba para abajo, nada más, y serían imposibles si no fueran con los intereses del periodismo.

- A nosotros no nos interesa el periodismo, queremos hacer una campaña política.

- Cada campaña que hacen es una mentira. Cada hecho de violencia que hay en este país es usado por ustedes para sacar rédito político, porque victimizan solamente a los grupos que tienen interés en defender. Todos aquellos que no pertenecen a minorías o a los grupos que defienden son excluidos por ustedes y por cualquier representación política. La verdad... yo no sé si hay forma de ganarles a los que quieren hacer mierda el mundo, pero ¿sabés qué?, con esto – Dijo mostrándole su cámara fotográfica – puedo aportar mi grano de arena para que la gente pueda ver aunque sea un poco el lado que no le quieren mostrar.

Tras decir esto, se fue para el lado opuesto, saliendo de la plaza. Rafael se quedó mirándolo con bronca, pensando rápidamente qué podía hacer. De lejos se la veía a Nadia, acercándose hacia él. Estando allí le preguntó:

- ¿Qué te dijo?

- Es un facho de mierda que nos quiere joder. Lo voy a seguir.

- No, esperá, lo voy a seguir yo. A vos te va a reconocer enseguida.

Nadia salió de la plaza por el mismo lado que había salido Esteban. Todavía llegaba a visualizarlo a lo lejos, y sin modificar esa distancia, lo empezó a seguir. Esteban fue directo al hotel por Rivadavia. Cuando llegó, ingresó al mismo, Nadia lo vio y se detuvo. Se quedó viendo hacía allí algunos segundos y retomó su camino a la plaza. Al llegar le dijo a Rafael:

- Se está hospedando en el hotel Imperio.

- Tenemos que ir.

- No, hoy no. El tipo está cubriendo la campaña. Mañana va a estar, seguro.

- ¿Y si publica las fotos?

- No va a publicar nada faltando todo un día de campaña. El tipo va a volver mañana a ver qué más puede sacar y ahí recién va a empezar a publicar lo que tenga. Lo

que tenemos que hacer ahora es ir con los fotógrafos, yo vi a unos cuantos hablando con él, seguro alguno sabe cómo se llama.

- OK.

Efectivamente, eso hicieron, se acercaron a los fotógrafos y trataron de reunirlos a todos. No necesitaban encubrir nada ya que los conocían a todos y sabían que iban a estar con ellos. Al estar todos reunidos, Rafael les dijo:

- Escuchen chicos, tenemos que pedirles un favor enorme. Hace un rato se acaba de ir un fotógrafo que estuvo acá con ustedes, era un infiltrado que estuvo fotografiando los disturbios que hubo cuando llegó el grupo de los fachos. Nos puede perjudicar mucho, ¿alguno de los que habló con él sabe el nombre?

- ¿Cómo era? – Preguntó uno de ellos.

- El de pelo oscuro corto, con raya al costado. Tenía una campera, unos chupines y zapatillas.

Los fotógrafos pensaron y otro de ellos dijo:

- Ah sí, uno de campera beige.

- Sí, exacto.

- Sí, lo ubico aunque no le pregunté el nombre.

- Ya sé de quién hablás. – Saltó otro – El de los chupines, sí, estuvimos hablando un rato, me dijo que se llamaba Esteban.

- ¿Te dijo el apellido? – Preguntó Nadia.

- No, pero estuvimos hablando sobre dónde habíamos estudiado fotografía, él había estudiado en Dieciséis nueve, una escuela que está por Palermo. Es lo único que te puedo rescatar.

- OK. – Le dijo Nadia a Rafael – Con eso basta y sobra. – Luego le dijo a ellos – Gracias, chicos.

Nadia y Rafael se alejaron un poco del grupo y ella le dijo disimuladamente:

- Con esos datos, esta noche lo encuentro seguro en Internet.

Minutos después, la tercera jornada de la campaña llegó a su fin. Todos se despidieron arreglando las últimas cosas del inicio de la jornada siguiente, la última. Nadia salió de la plaza y fue al hotel donde estaba parando, el Santana. En su habitación, lo primero que hizo fue abrir su notebook. En Internet solo debió realizar una búsqueda que juntara el nombre Esteban, con la profesión de periodista y con estudios de fotografía en la escuela Dieciséis nueve. El resultado esperado apareció en más de una red social. Se llamaba Esteban Petrieli. Nadia ingresó a su blog y leyó los últimos posteos. Luego, en las otras redes sociales, vio que venía anunciando hacía tiempo la cobertura que pensaba realizar en la campaña de la plaza de los Congresos.

Parte 2

La jornada siguiente llegó y todo comenzó como estaba previsto, incluyendo la presencia de Esteban que no había cambiado en nada su actitud. La diferencia fue que esta vez no parecía haber ya gente con carteles, lo cual fue un alivio para él. Finalmente sintió que su trabajo estaba hecho, se sintió satisfecho de haber conseguido todo el material que necesitaba para que el trabajo que planeaba realizar estuviera completo, por lo que volvió a quedarse por la zona en la que solía andar.

Por su parte, a Nadia se la podía ver reunida con un grupo de unas quince personas, entre los que estaban algunos de los fotógrafos con los que había hablado la jornada anterior. Parecían mantener una charla descontracturada. En determinado momento, ella dijo:

- Estuve viendo anoche que muchos de ustedes difunden sus artículos en grupos periodísticos de Facebook. Me llaman poderosamente la atención esos grupos, porque son grupos de miles y miles de miembros y hay un montón de

posteos que la gente hace que no tienen un solo like, y los que sí tienen no son más de uno o dos. Yo digo, ¿es que está lleno de gente que difunde lo que escribe pero no se toma lo molestia de leer lo que difundió el otro, o es que no hay cortesía de darle un like a los demás?

- Yo no escribo para recibir likes – Exclamó un joven de poco menos de treinta años.

- ¿Qué? No vas a decir que no lo escribís para los demás. ¿Entonces para que publicás en Internet lo que escribís?

- Yo hace poco hice una propuesta en un grupo de que armáramos una cadena para leer nuestros trabajos, pero no pareció interesarle a nadie – Comentó un joven de veintipico de años.

- Bueno, es que tampoco uno puede andar leyendo todo lo que publican los demás porque no nos alcanza la vida – Dijo un hombre de cuarenta y pico de años.

- A mí no me metas en la lista, yo soy de leer lo que publican los demás y si me gusta doy like – Agregó una mujer de cuarenta y pico de años.

- Yo no hice ninguna lista, yo simplemente expuse una situación – Explicó Nadia.

- El like es un modismo, yo te digo por experiencia que la gente que entra a blogs o a grupos de Facebook leen pero no dejan constancia de que estuvieron, seguramente mucha gente ve lo que publicás pero simplemente no quieren hacerse ver – Comentó un hombre de veintipico de años.

- Yo no lo digo por mí, yo simplemente planteé lo que vi ayer, yo nunca difundí en grupo de Facebook. Una vez lo hice y tuve tres likes, me sentí Borges.

- Puede ser porque uno es periodista antes que lector – Exclamó una joven de veintipico de años.

- Pero es raro que escribas y no quieras leer lo que escribieron los demás.

- A mí eso también me pasa, escribir artículos me apasiona, pero no me produce lo mismo leer – Dijo una joven de poco más veinte años.

- También puede ser que hay mucha gente que no acepta las críticas, y uno lee y opta por no decir nada para no herir ningún tipo de susceptibilidades – Agregó una mujer de treinta y pico de años.

- Si no escribís para la crítica, es como escribir y guardarlo en el cajón de tu escritorio – Respondió Nadia.

- Hay que verlo de otra forma, todos estamos escribiendo poniendo nuestra parte para el gran artículo de la vida – Comentó una mujer de cincuenta y pico de años.

- Yo creo que las redes sociales le han dado más oportunidad a todos y algo bueno va a salir de todo esto – Analizó el joven de veintipico de años.

Nadia asintió concordando.

- Uno escribe para compartir, la emoción de lo que le produce una noticia es el motor de escribir y compartir, después habrá gente que lo leerá y gente que no. Eso es lo menos importante – Analizó la joven de veintipico de años.

- Al fin alguien que entiende la esencia de los grupos de Facebook. El like no es importante – Exclamó una mujer de cincuenta años.

- Perdón, ustedes difunden en Facebook, cuando están en un lugar determinado se manejan con las normas de ese lugar, las normas de Facebook son esas, la herramienta que te ofrece es el like – Explicó Nadia.

- Yo estoy de acuerdo, queremos escribir, pero no queremos leer lo de los demás, nos engañamos a nosotros mismos – Agregó un hombre de poco más de treinta años.

- De todas formas se cosecha lo que se siembra – Analizó la mujer de cincuenta y pico de años.

- Yo, antes que nada, quiero decirte que en esa pancarta que escribiste hay un error, porque ese apellido no va con C, va con SC. Y con lo otro, cada grupo es una plataforma para

que cada uno comparta y sea como dijo ella, todo un gran artículo – Dijo una mujer de treinta y pico de años.

- Está bueno eso, pero no corresponde la corrección, él mismo fue el que dijo el otro día que su apellido se escribía así – Respondió Nadia.

- ¿Él lo dijo?

- En la nota del diario Página libre, la semana pasada. ¿No la viste?

- Ah, no, no la vi. Disculpame, no sé por qué lo dije.

- Yo creo que muchos de los que escribimos lo hacemos por una necesidad, a veces es tan necesario como respirar – Explicó la joven de poco más de veinte años.

- Yo estoy de acuerdo con que el like es un modismo, no es señal de que la gente no lea – Intervino el joven de poco menos de treinta años.

- No, y aparte no cambia en nada, yo creo que no tendrías que basarte en eso – Agregó la mujer de cincuenta años.

- Yo simplemente estoy planteando lo que vi ayer, grupos de miles de personas y casi ningún like, eso es una realidad, a algunas personas no parece molestarle no tener likes, a otros sí. Fue más que nada para conocer opiniones – Aclaró Nadia.

- Yo estoy de acuerdo con que nos mentimos entre nosotros – Intervino un joven de treinta y pico de años.

En ese momento, se acercó al grupo Rafael, se ubicó junto a Nadia y le preguntó por lo bajo:

- ¿Y?

- Quedate tranquilo, ya está todo solucionado.

- ¿Qué pasó?

- Vení – Respondió ella alejándose con él del grupo.

La jornada transcurrió sin ningún tipo de disturbio, y al final de la misma, Esteban volvió al hotel. En su habitación, miró la hora y se sentó frente a su notebook. Esta vez no tenía fotos para pasar, por lo que se quedó realizando un

trabajo de descarte con las fotos tomadas los días anteriores, eliminando las que habían salido mal o estaban repetidas. Tan solo algunos minutos después, recibió un email en su casilla. Dejó lo que hacía para fijarse de qué se trataba. El emisor era Nadia Sánchez, y el asunto decía: “Video para el periodista Esteban Petrieli”. Esto llamó poderosamente su atención, abrió el mail y éste decía:

HOLA ESTEBAN, MI NOMBRE ES NADIA, TE
INVITO A QUE VEAS ESTE VIDEO Y TE
COMUNIQUE CONMIGO, MI CELULAR ES 15-6-484-
2065. SALUDOS

Todo esto le generaba una confusión enorme, por un lado parecía un virus, pero por otro lado estaba dirigido a él, mencionando incluso su profesión. La curiosidad lo venció y descargó el archivo. El video lo mostraba a él dándole patadas a un perro en la calle. Cuando lo comenzó a ver, su semblante se tornó a un tono pálido de forma brusca. La cámara había tomado todo de una manera clara y concreta. Cuando el video terminó, se levantó del escritorio comenzando a caminar por la habitación sin salir de la expresión de desentendimiento por lo que acababa de pasar, lo cual no podía asimilar ni por lo que era ni por la cantidad enorme de interrogantes que se le abrían. Y en este caso, no era una situación que podía llegar a mejorar con el tiempo, todo se ponía peor. Poco menos de media hora después, tomó su celular y llamó al número que decía el mail. Nadia atendió:

- Hola.
- Sí,... ¿Nadia?
- Sí, ¿Esteban?
- Sí.

- Ah qué tal, bueno, gracias por llamar. Yo soy una de las organizadoras de la campaña que terminó hoy. Soy amiga de Rafael, el chico con el que hablaste ayer.

- ¿Quién te dio ese video?

- Un periodista nunca revela sus fuentes, Esteban. Ya deberías saberlo. ¿Te parece que lleguemos a un acuerdo?

- Sí, está bien. ¿Cómo querés hacer?

- No puede ser por teléfono.

- OK.

- Mañana al mediodía, a las doce en la plaza. Durmamos un poco ahora que fue el último día de la campaña y estamos todos cansados.

- OK, mañana a las doce.

- Listo, nos vemos.

Esteban cortó la comunicación con una dosis tan alta de bronca reprimida que no pudo evitar gritar: “La puta madre que los parió”, mientras tiraba su bolso de la pequeña mesa y estrellaba algunas lapiceras y engrapadoras contra el suelo. Finalmente intentó calmarse, respiró hondo y volvió a comenzar a caminar pensando. Algunos minutos después, se detuvo y se retiró de la habitación. En la recepción fue nuevamente al mostrador, donde había otro hombre unos años mayor que al anterior. Esteban le dijo:

- Hola, disculpame, yo tenía hospedaje hasta hoy a las nueve, pero surgió una complicación de trabajo y me tengo que quedar un día más. Quería saber si la habitación nueve tiene disponibilidad un día más.

- A ver, ya te digo.

El hombre se fijó en la computadora y le dijo:

- Sí, recién en cinco días se vuelve a ocupar la habitación nueve.

- Ah buenísimo.

- ¿Te agrego un día nada más?

- Sí, sí, un día.

- Muy bien.

El hombre pasó los datos a la computadora. Esteban preguntó:

- ¿Te pago ahora?
- No hace falta, cuando te retirás lo pagás.
- Bárbaro, muchas gracias eh.
- No hay problema.

De esa forma, Esteban volvió a su habitación. Esa noche poco fue lo que pudo dormir. Sin embargo, a las doce menos veinte del día siguiente salió del hotel directo a la plaza. Se detuvo en el sector que más había frecuentado durante la campaña y esperó. Cinco minutos después se le acercó Nadia diciéndole:

- Buen día.
- Buen día.
- Bueno, como ya sabrás tenemos en nuestro poder un video.

- Sí, ¿qué es lo que querés?
- Mirá, no nos gusta mucho la publicidad en contra de lo que hacemos. Queremos que te deshagas de las fotos que sacaste de aquel pequeño incidente y hay un par de cosas que nos gustaría que omitieras cuando hagas tu próximo artículo en el blog.

- Andate a la mierda.

Nadia se asombró ligeramente por la respuesta.

- ¿Vos te pensás que me podés venir a extorsionar y que yo voy a dejar de hacer mi trabajo con las personas que siguen mi blog para salvarlos a ustedes? Olvidate.

Nadia lo escuchaba asintiendo sarcásticamente, y cuando terminó le dijo:

- Si cambiás de opinión, ya tenés mi teléfono.

- No voy a cambiar de opinión – Dijo Esteban retirándose por donde había venido.

Durante la tarde, a Esteban le carcomían la cabeza un montón de cosas de las cuales no podía liberarse. Llegó a estar horas en esa situación. La solución mágica era el mayor

deseo de su vida en ese momento, no llegó. Agarró su celular y marcó el número que le había quedado guardado de la noche anterior. Nadia lo atendió:

- Hola.
- ¿Nadia?
- Sí, decime.
- OK.
- Bueno, entonces mañana volvé a estar allá a las doce.
- OK.

Esteban cortó la comunicación y salió de la habitación. En la recepción volvió a ir al mostrador donde estaba el mismo hombre que le había registrado el día extra la noche anterior, y le dijo:

- Hola, al final, ... me tengo que quedar un día más. Se volvió a complicar el trabajo y...

El hombre algo sorprendido le dijo:

- No hay problema, te anoto otro día.
- Muchísimas gracias.
- No hay por qué.

Esteban volvió a la habitación. Esa noche durmió un poco menos que la anterior, pero nuevamente salió de la habitación a las doce menos veinte del día siguiente. Se detuvo en el mismo lugar y a los cinco minutos se acercó Nadia diciendo:

- Buen día.
- Buen día. Decime qué es lo que quieren que omita.
- No, ahora la oferta subió.

Esteban la miró con fuerte asombro y enojo.

- ¿Qué? ¿Por qué?

- Porque fuiste muy grosero conmigo ayer, y francamente... porque no me caés bien.

Esteban no podía cambiar su expresión, y con la misma le preguntó:

- ¿Qué querés?

- Ahora si querés que el video no se haga público, tenés que deshacerte de las fotos del incidente y tenés que cerrar tu blog. Podés escribir una despedida para tus seguidores si querés alegando lo que se te ocurra.

- ¿Vos estás en pedo?

Se quedaron mirando unos segundos y Esteban dijo:

- No voy a cerrar mi blog. Eso no lo voy a hacer. Así que listo, ya está.

Nadia nuevamente asentía con sarcasmo y Esteban se retiró por donde había llegado. Éste tenía una nueva tarde por delante para pensar en varias cosas, y durante esa tarde esas cosas le carcomieron un poco más la cabeza que la tarde anterior. Así volvió a estar un par de horas. Ahora la solución mágica era la única opción que podía concebir, pero siguió sin llegar. Y como el día anterior, volvió a agarrar su celular y marcó el mismo número. Nadia lo atendió:

- Hola.

- Nadia...

- Sí, decime.

- Está bien.

- Perfecto.

Esteban había tomado la decisión de terminar con toda esta etapa antes de irse del hotel, por lo que volvió a la recepción, y antes que él pudiera decir algo, el hombre le dijo:

- ¿Un día más?

- Sí, ahora sí es el último.

Cuando volvió, eliminó todas las fotos, las del incidente y todas las que había sacado durante la campaña. Esa noche durmió sin problemas, y a la mañana siguiente, más fresco, escribió una despedida del blog, alegando cuestiones personales. Para entonces, Rafael y Nadia se encontraban en las mesas de afuera de un bar del Centro tomando una cerveza.

- En un momento la llegué a ver complicada la situación
- Admitió el primero.

- Lo importante es que ya podemos empezar a difundir lo que fue la campaña sin nada que moleste, siempre conservando ese video por cualquier cosa.

- Contame cómo fue que tenías ese video.

- Lo grabé hace un tiempo. Cuando vi la foto en internet me acordé al toque del video. El tipo era de mi barrio, ahora vi que se mudó hace unos meses, pero vivía por ahí, algunas veces me lo llegué a cruzar.

- ¡Qué grande! Vos sabés que ahora que lo pienso, yo había descargado el video en la computadora de la recepción del hotel, y no recuerdo si llegué a borrarlo o si quedó ahí en escritorio.

- ¿En serio?

- Sí, me imagino que los recepcionistas borran todo lo que no pertenece al hotel. El tema es si lo ven antes de borrarlo.

- Mm.

- Igual no creo que lo vayan a subir.

- Mirá... si se tratara de otro hotel te diría que no creo, pero tratándose del Santana... El archivo tiene el nombre de Esteban Petrieli, y Esteban menciona mucho en su blog al hotel Imperio, le hace bastante propaganda. Todo dependerá de si el gerente conoce el blog, y en ese caso, de a cuánto llega el grado de competencia para él.

Para cuando Esteban terminó de postear su despedida en el blog, quiso salir a tomar un poco de aire. Cuando cerró la puerta y empezó a caminar por el pasillo, levantó la cabeza y la vio parada a unos metros a Julia que lo miraba con un gran enojo. Después de unos segundos, ella le dijo:

- Tenés una hora para preparar tu bolso e irte ya mismo de este hotel o hago que te saquen a patadas. ¿Te quedó claro?

Esteban, sin poder disimular lo asustado que estaba, asintió con la cabeza y volvió a ingresar en la habitación. Julia se retiró para el lado opuesto.

En el bar, Rafael y Nadia continuaban sentados, con las botellas de cerveza un poco más vacías, y el primero dijo:

- Tengo que felicitarte. Fue una negociación increíble.

- Gracias – Respondió Nadia sonriendo.

- Tengo que admitir que si era por mí, en el momento en que me dijo todo eso aquel día y se empezó a ir, lo hubiera seguido, lo hubiera agarrado del cuello y le hubiera dicho: “Pendejo del orto, dame la cámara o te recontra cago a trompadas.”

Nadia realizó una pequeña risa, lo miró y le dijo:

- Tienen tanto que aprender...

Y levantó su vaso a modo de hacer un brindis. Rafael sonrió resignado a aceptar lo que ella había dicho, levantó también su vaso y brindaron.

Final alternativo

Había dudado en ponerse un pasamontañas, lo llegó a considerar, pero al final vio que no iba a hacer falta. Era una zona con poca movilización, y el hecho de vivir cerca de allí lo hacía conocer también ciertas rutinas del lugar que solamente variaban por alguna ocasión fuera de lo común. Eran las tres de la tarde, hora de la siesta para muchos, y por allí se lo vio caminando a este hombre de contextura robusta. Después de algunos minutos, llegó a la cuadra en cuestión, redujo la velocidad y se detuvo finalmente es una casa de dos pisos con un pequeño jardín enrejado. Un perro, aún cachorro, se le acercó ladrando. El hombre le hizo una caricia a través de la reja hasta que se calmó. Inmediatamente, miró hacia ambos lados y comenzó a treparse, la reja no era muy alta y con algo de esfuerzo pudo

pasar al jardín, allí volvió a mirar a ambos lados de la calle, tomó al perro, y sosteniéndolo con un brazo, volvió a trepar para pasar nuevamente de afuera. El perro se mantenía en silencio. Comprobó una última vez que no viniera nadie y tranquilamente se retiró por donde había venido.

Esa misma noche, Nadia, preocupada y alterada, llamó a Rafael por teléfono para avisarle que no encontraba a su perro por ningún lado y que no entendía cómo podía haber desaparecido. Rafael intentaba tranquilizarla, pero Nadia le decía que el perro necesitaba tomar un medicamento todos los días, por una pequeña condición que tenía, y que al día siguiente, al mediodía, debía darle la nueva dosis. Rafael continuó tratando de contenerla confirmándole que a la mañana pasaría por allí para ver qué podían hacer. Efectivamente, Rafael pasó por la casa de Nadia la mañana siguiente, la misma casa donde transcurrió el hecho anterior, ubicada en la localidad de Glew. Nadia, sin embargo, estaba más calmada y le dijo:

- Estuve tratando de entender durante la noche qué pudo haber pasado. En este barrio no pasan estas cosas, no hay gente capaz de hacer eso.

- ¿Vos decís qué es algo armado?

- Sí, que seguro tiene que ver con la última campaña que hicimos en Capital.

Rafael se mantuvo en silencio, esperando que ella continuara.

- Solamente tuvimos conflicto con una sola persona, que por lo visto... no se resigna a dejar de jodernos.

- Pasaron más de dos meses.

- No es mucho, puede que lo sea en el sentido de que es tiempo suficiente para que las cosas se calmen.

- O sea que vos ya se lo atribuí a...

- No con seguridad, pero hasta ahora es el único sospechoso.

- Ni siquiera sabemos dónde vive.

- Yo sí, a la noche me fijé sus datos en la página de monotributistas, vive en La Plata, está su dirección y todo.

- ¿Y te vas a ir hasta La Plata?

- Obvio. Necesito que te comuniques con uno de los barras que nos acompañaron en la campaña, para que venga conmigo por cualquier cosa.

En ese momento, salió de la casa de al lado una mujer de unos cuarenta años, que al ver a Nadia le preguntó intrigada:

- ¿Y?

- Todavía no sabemos nada, pero sospechamos qué pudo haber pasado. Es cuestión de averiguar algunas cosas.

- Ay sí, sobre todo si necesita tomar ese medicamento, pobrecito. Estas cosas me matan. Si le pasa alguna persona no me afecta tanto, pero con los animalitos te juro que me da una tristeza...

- No te preocupes, vamos a ponernos en campaña.

Luego de preparar todo y tomarse un remise, Nadia y el barra designado por Rafael, un hombre de contextura robusta, llegaron a La Plata alrededor de la cuatro de la tarde, a la dirección que indicaba la página de monotributistas.

Se trataba de una casa medianamente grande y de dos pisos, ubicada a mitad de cuadra. Era tal vez la más alta de la misma. La casa ubicada a la izquierda era bastante más baja y podían verse, sobresaliendo detrás de ésta, escaleras y tablones de madera colocados provisoriamente y de forma precaria, como si se estuviera en el medio de un proceso de construcción, aunque a esa hora ya no parecía haber gente trabajando. Nadia y el barra se quedaron en la vereda de enfrente, detrás de un sector arbolado dialogando como amigos, cada uno con un ojo en la puerta de la casa en cuestión. La misma mostraba luces prendidas, pero recién a las seis menos cuarto la puerta se abrió. Los dos giraron automáticamente la cabeza en la misma dirección. De allí salió Esteban, con una remera manga corta, un bermudas y ojotas. Estaba con el pelo mojado peinado hacia atrás y al

costado, daba la sensación de que salía de bañarse. Cerró la puerta y caminó hacia la izquierda, al llegar a la esquina dobló saliendo de la visión de los dos. Ambos se miraron como sabiendo qué hacer. Unos diez minutos después, se volvió a ver a Esteban doblando en la esquina regresando para su casa, sosteniendo una bolsa de nailon que parecía tener un paquete de pan lactal y un envoltorio de papel con fiambre. En ese momento, el barra miró para ambos lados y comenzó a cruzar la calle lentamente. Acabó de cruzar para cuando Esteban llegaba a su casa y se disponía a abrir la puerta. Una vez que lo hizo, el barra se le acercó amigablemente, y a la vez, algo intimidante, diciéndole:

- Capo, disculpame, ¿te puedo hacer una consulta?

- Sí.

- ¿Vos sos de acá del barrio?

- Sí.

- ¿Vivís acá?

Esteban se le quedó mirando sin entender mucho, y con cierta firmeza le preguntó:

- ¿Qué necesitás?

- Y, que nos devuelvas el perrito.

Esteban abrió aún más los ojos y no pudo evitar que su semblante se tornara pálido. El barra notó esto y se le acercó casi pegándose a él.

- No, no sé, – Dijo Esteban tembloroso - ¿Qué perrito?

- Ah, encima te hacés el boludo.

- No, no me hago el boludo. Pará, no sé...

Instantáneamente, Esteban dejó caer la bolsa al piso y salió corriendo nuevamente hacia la izquierda, giró la cabeza viendo que el barra había empezado a perseguirlo, por lo que se sacó las ojotas con las manos, dejándolas allí para poder correr mejor. Cuando llegó a la esquina dobló como había hecho antes, seguido por el barra. En ese momento, Nadia cruzó la calle, la puerta de la casa había quedado entreabierta, la empujó e ingresó. Lo primero que encontró fue un corto

pasillo que daba al primer piso de la casa, pudiéndose ver la cocina, el comedor y el baño. Todo estaba deshabitado, por lo que empezó a buscar al perro en cada uno de estos lugares. Al no encontrar nada, subió por la escalera que la terminó llevando a la habitación, la misma también se hallaba deshabitada, buscó en los muebles, debajo de la cama, pero tampoco encontró nada. Se quedó allí unos segundos, pensativa, con la mirada perdida en un ventanal ubicado en la pared opuesta a la entrada, que tenía las dos puertas abiertas y que daba al lugar que estaba en proceso de construcción. Menos de un minuto después, empezó a visualizar que por allí, a lo lejos, alguien estaba subiendo la escalera de la construcción, mirando desesperadamente hacia abajo. Nadia hizo foco con la mirada y vio que se trataba de Esteban. Éste, pareciendo más tranquilo, comenzó a caminar con mucho cuidado por unas tablas de madera, acercándose cada vez más al ventanal. Estando a algunos metros de éste, levantó la vista y vio a Nadia dentro de la habitación, volviendo a sorprenderse. Ambas miradas se encontraron y se paralizaron por unos segundos, como si no supieran qué hacer. Fue en una milésima de segundo, que Esteban comenzó a correr a toda velocidad hacia el ventanal, instantáneamente, Nadia hizo lo mismo dentro de la habitación, y justo antes de que él llegara, consiguió cerrar y trabar las puertas. Para entonces, la tabla de madera donde estaba Esteban empezó a perder estabilidad por el peso, por lo que comenzó a golpear la ventana desesperado, gritando:

- Dejame entrar.
- Decime dónde está el perro.
- Dejame entrar que esto se va a caer.
- Decime dónde está el perro.
- Yo no tengo a tu perro, ¿de qué me estás hablando?
- ¿Y por qué saliste corriendo cuando te fueron a preguntar?
- Por qué no sé, qué sé yo...

- Dejate de joder, pendejo de mierda, y decime dónde está el perro, ¿vos no sabés que sufre una condición, pobrecito, y tiene que tomar un medicamento todos los días, y hoy no lo pudo tomar?

En ese momento, la tabla volvió a desestabilizarse más. Esteban se desesperó más que antes.

- No, no lo sé, yo no tengo a tu perro, abríme por favor.

- Lo tenés vos, flaco, esto fue algo armado y el único que lo pudo haber hecho sos vos.

- No.

- Decime dónde lo tenés.

Y para entonces, la madera volvió a desestabilizarse otro poco. Esteban continuó gritando:

- Por favor te lo pido, abríme la puerta.

- Decime dónde lo tenés.

- Abríme, por favor, y te juro que te lo digo.

- Decime dónde lo tenés y te juro que te abro.

Esteban no pudo evitar la expresión de resignación, Nadia sacó una birome y una pequeña libreta de su bolsillo. Esteban finalmente le dijo:

- Lo tiene alguien que vive por allá también..., por Glew..., es una casa con jardín enrejado... en la calle Antonio Lamberti..., seis tres nueve.

Nadia anotó todo en la libreta. Enseguida dejó la misma sobre la mesa de luz, y cuando se disponía a abrir las puertas, las tablas se rompieron y Esteban cayó al pavimento boca arriba. Nadia no pudo evitar abrir aún más los ojos y mirar hacia abajo con impresión. Estaban pareció mover la cabeza de un lado a otro unos segundos, pero al poco tiempo dejó de hacerlo. Algunos segundos después, Nadia volvió en sí, guardó la birome y la libreta de nuevo en su bolsillo y bajó apresuradamente. De esa forma, salió de la casa y vio cerca de la esquina al barra, le hizo una seña, éste fue corriendo hasta ella diciéndole:

- Qué hijo de puta, se me escapó.

- No, ya está.

- ¿Ya está?

- Sí, ya me pasó la dirección, lo tiene alguien que vive allá. Tenemos que volver urgente a ver si lo podemos recuperar hoy.

Fue entonces que volvieron a tomarse un remise hasta Glew. Se bajaron en la dirección anotada y se acercaron con cierta curiosidad. Se trataba de una casa parecida a la de Nadia, efectivamente con un jardín enrejado, aunque la reja era más baja y el jardín más chico, continuando como pasillo al costado derecho de la casa. Ella tocó el timbre. La puerta de la casa se abrió apenas, y sin llegar a verse quién era el que la había abierto, se escuchó:

- ¿Sí?

El barra gritó con firmeza:

- Escuchame, flaco, ya sabemos todo, devolvé al perro, Esteban ya te mandó al frente. Devuelvelo porque traigo más gente y te tiramos la puerta abajo.

- OK, OK, tranquilos.

En ese momento se escuchó que quien había abierto, se alejó de la puerta, y a los pocos segundos, apareció corriendo el perro por el pasillo, directo hacia Nadia, se detuvo ante la reja, ella lo tomó desde afuera y lo abrazó emocionada. En ese instante la puerta de la casa se cerró, y por la ventana que había al lado llegó a verse entre las cortinas la cara del hombre que lo había robado. Nadia, mientras abrazaba al perro, levantó la vista y llegó a visualizarlo. El barra le dijo:

- Entremos a ver quién es.

- No, dejá, ya lo vi por la ventana.

- ¿Y lo conoces?

- Sí.

- Y entremos, así lo apuro un poco.

- No hace falta – Dijo con algo de ternura, Nadia.

- ¿Por qué no?

Nadia hizo un breve silencio y luego dijo:

- Digamos que cuando uno está en una causa política, se encuentra con gente que es leal y con gente que es desleal. Yo soy de las que prefieren quedarse con las cosas buenas. Hoy descubrí a alguien que es leal, y quiero quedarme con eso, porque eso ya es suficiente para la causa. Desde hoy, esa causa te va a estar agradecida siempre.

El barra le sonrió asintiendo con la cabeza y comprendiendo el mensaje que Nadia le había dado. Luego ella le acercó al perro y éste comenzó a acariciarlo.

La neurona de Hebe de Bonafini

(o El orgullo de la gente común de no hacer nada importante con su vida)

Esc. 1 Int. Día. Vía pública.

Todo empieza con un estruendoso ruido, el ruido que produce la violenta apertura del portón de la salida de emergencia del auditorio, irrumpiendo la tranquila y silenciosa calle donde éste se encuentra. Instantáneamente después de que esto pasa, MÁXIMO, un joven de veintipico de años y vestido con traje y corbata, sale corriendo desde allí escoltado por dos oficiales de policía que ponen sus respectivos escudos de plástico sobre su cabeza. El murmullo de una multitud parece incrementarse a una velocidad estremecedora, y cuando MÁXIMO lleva unos pocos metros fuera del auditorio, un grupo numeroso de gente sale corriendo de allí en un extremo grado de furia, gritando, insultándolo y tirándole todo tipo de cosas. Esta pequeña persecución se produce durante unos metros, hasta que MÁXIMO y los policías llegan a un patrullero. Los dos oficiales lo hacen subir en la parte trasera de éste e inmediatamente cierran las puertas. Sin dejar pasar segundo, el auto arranca a toda velocidad, justo para cuando el tumulto de gente se encuentra a menos de un metro. Algunas personas siguen al patrullero unos metros tirando todavía cosas e insultándolo, pero eventualmente se detienen. El resto del grupo es tratado de controlar por los dos oficiales. Un veloz paneo nos lleva adentro del auditorio, allí otro grupo de gente desahogada es tratado de controlar por tres jóvenes de la edad de MÁXIMO, los cuales se muestran desentendidos y hasta enojados.

Una hora antes.

Esc. 2 Int. Día. Auditorio.

Estamos dentro del auditorio, más precisamente en el pasillo de entrada que es mostrado por un lento paneo. El mismo se detiene en un afiche pegado en la pared que dice:

**SUERO DE LA VERDAD
(CICLO DE ACTORES INDEPENDIENTES)**

Llega al auditorio de San Telmo, el ciclo de actores independientes “Suero de la verdad”. Cuatro actores que acaban de ser inyectados con el suero, sin saberlo, saldrán a dar un monólogo improvisado públicamente.

El paneo continúa su recorrido y llega a la sala, la misma se encuentra bastante llena con gente de todas las edades, aunque en su mayoría jóvenes, muchos de ellos usando remeras identificadas con personajes populares de la política nacional. Al fondo puede verse un hombre encargado de la filmación.

A partir de aquí comienzan a mostrarse momentos de los monólogos realizados por los primeros tres actores, dedicándose a hablar sobre observaciones vanas de la vida cotidiana, mediante la generalización de hombres y mujeres. A lo largo de esto, pueden verse risas y aplausos del público.

Finalmente, aparece MÁXIMO. Se queda unos segundos en el centro del escenario viendo al público, camina lentamente de una punta a la otra y se detiene nuevamente en el centro.

MÁXIMO

En este último tiempo, comprendí que la sensibilidad, al igual que la inteligencia, no se puede definir en una persona como algo generalizado. La gente que es inteligente no lo es para todo sino para algo en particular. Hay gente que puede ser inteligente con las letras y no serlo con los números y viceversa. Algo parecido sucede con la sensibilidad. Mucha gente me ha dicho que yo era una persona sensible, incluso un psicólogo me dijo una vez que era hipersensible. Sin embargo, jamás sentí ningún tipo de sensibilidad por aquellas cosas en las que la mayoría de la sociedad considera que hay que sentirla, sino que siempre fue algo selectivo. Y eso le pasa a toda la gente sensible. He conocido gente con una enorme sensibilidad por los animales, y que son terriblemente crueles con los seres humanos. He conocido gente con una gran sensibilidad por los pobres, y que son terriblemente cínicos a la hora de tratar con alguien que no lo es. He conocido gente con una gran sensibilidad para la militancia política en diversas cuestiones que atañen a grupos determinados de la sociedad, y que son terriblemente cínicos con alguien que no pertenece a esos grupos. Y he conocido gente con una enorme sensibilidad por aquellas personas que molestan a los demás y rompen las normas de convivencia en lugares públicos, y que consideran fascista a quien intenta hacer algo para detenerlos. Por las cosas que a mí me generan sensibilidad, siempre sentí rechazo por la militancia política.

Personalmente pienso que en la vida existen miles de injusticias. No creo que la injusticia económica sea la única, sino que es una de las miles que existen, entre las que podrían nombrarse: Lindo o feo, robusto o pequeño, sano o enfermo, emocionalmente fuerte o emocionalmente frágil, sin mencionar muchas veces la familia en la que uno se crió o las experiencias con las que uno se enfrentó en sus primeros recorridos de vida, formadores de todas las inseguridades personales. Nunca simpaticé con los militantes

políticos porque ellos siempre consideraron que la única injusticia de la vida, o al menos la única por la que había que luchar, era la económica. Sin embargo, las personas racionales, hoy conocidas como políticamente incorrectas, siempre consideraron todas las injusticias por igual. Los militantes políticos podrán decir que la injusticia económica es la única que no es natural y, por lo tanto, la única por la que se puede hacer algo, por eso siempre mostraron sensibilidad por las víctimas de dicha injusticia, enojándose con todo aquel que no lo hiciera. Pero he visto que cuando militantes políticos escuchaban el argumento de alguna víctima de otras injusticias, la atacaban con todo tipo de bromas hasta destrozarla psicológicamente, bromas sin ningún tipo de límites, ya que se hacían incluso con una desgracia física y hasta con la muerte. Y uno no lo podía entender. Todavía pareciera que no logran ver que la gente no los va a ayudar en sus causas si ellos no tienen ningún interés de ayudar en las de otra gente. No lo logran ver, porque cuando vuelven a quedarse en el camino de una elección, siguen frustrándose. Esa es la prueba de que nadie busca un mundo mejor, todos buscan satisfacer sus intereses propios. Por eso creo que es justo que exista la injusticia económica, porque es la única forma de que las víctimas de otras injusticias naturales puedan tener las mismas chances que los demás. Todos buscan satisfacer sus intereses propios. El tema es que los militantes políticos, que también se desviven por el dinero, se muestran y se venden como parte de una epopeya de sensibilidad, cuando en realidad es una sensibilidad emocional y selectiva como todas las sensibilidades del mundo.

Hace una pausa de unos segundos. El auditorio continúa en silencio.

MÁXIMO

También personalmente creo que la mayoría de los seres humanos son propensos por naturaleza a elegir el mal,

porque es donde se sienten más cómodos. Existe gente buena y gente que vale la pena, pero es definitivamente una minoría. No creo que el mundo tenga solución, no creo que el mundo se pueda cambiar o que algún día mejore, el mundo es como es y debemos vivir en él el tiempo que dure nuestro paso. Los militantes políticos piensan que solo la gente ambiciosa es mala, que por eso produce la injusticia económica y que ésta vuelve mala a la gente humilde. Le atribuyen a este problema las causas de todos los conflictos de la humanidad, y creen que de solucionarse, el mundo sería una utopía. Creo que no puede haber una forma más básica de entender la complejidad que representa el mundo. La gente que es mala y necesita lastimar a otro, será siempre así, en un sistema con clases y en uno sin clases. Si el dinero dejara de ser el motivo de competición para ellos, pasaría a serlo otra cosa y pasarían a ser los beneficiados porque en las otras injusticias tal vez no se vieron perjudicados, lo cual no solucionaría el problema del mundo, y lo cual es otra prueba de que nadie busca un mundo mejor sino la satisfacción de sus intereses. Por el contrario, yo creo también que la injusticia económica es producto de gente mala, pero no de gente ambiciosa. Cuando digo que la mayoría de la gente es propensa a elegir el mal, no hago distinción de condiciones sociales o de oficios. Creo que puede ser igual de malo el dueño de una corporación como el fiambrero de la esquina de tu casa. Tal vez esto suena raro, porque el intento de perjudicar a alguien siempre tiene más repercusión en el dueño de una corporación que en un fiambrero. Pero eso no significa que el último sea menos malo. Es el mismo acto de maldad que una corporación te quiera cobrar dos veces una factura de teléfono y que el fiambrero trate de joderte con el vuelto de una compra. La única diferencia es la repercusión, pero esto se debe al contexto de cada oficio. El fiambrero hace menos daño por el contexto en el que está, pero también tiene la filosofía de joder a alguien cuando la

oportunidad se presenta, y eso significa que si estuviera en un lugar de mayor poder haría exactamente lo mismo. En mi experiencia particular, he encontrado más gente mala en un barrio que en sectores de poder. Es la gente de barrio la que me lleva a ser cada vez más individual y a querer ejercer mi vocación sin dejar de pensar cinco minutos en mi éxito personal, sin importarme lo que piensen y sin mover un dedo para ayudarlos. Y eso me hace entender muchas veces a la gente más ambiciosa. La gente ambiciosa existe porque la vida en un contexto donde todos estuviéramos obligados a enfrentar cotidianamente las miserias humanas sería demasiado insostenible, porque la mayoría de la gente es mala, y la gente se hace ambiciosa para conseguir cosas que la alejen de verse obligada a estar en ese contexto y así hacer la vida un poco más soportable. Es inevitable que entre más se conoce a la gente más egoísta se hace uno y menos deseo se tiene de ayudarla. Lamento informarles que eso solo se consigue con dinero, incluso los que tienen ambiciones más elevadas como la trascendencia en el arte, necesitan el dinero como medio para comprar su libertad y no depender de la aprobación ni del permiso de nadie para crear y para difundir, porque los militantes políticos ven con malos ojos a todo aquel que quiere lograr cosas importantes con su vida. Lo tratan con burla y descalificación. Ellos quieren vivir en una sociedad donde la gente no se sienta nadie. Por eso la química de ellos con la gente común. Siempre me resultó un misterio ver cómo a la gente común no le interesa hacer nada importante con su vida, se siente orgullosa de eso y ve con malos ojos al que hace, porque no es como ellos. Es por eso, que cada vez que aparece un personaje público que es odiado por el común de la gente, por sus logros, instantáneamente comienzo a sentir simpatía por él. Tal vez, la explicación sea que como cristiano siempre me pongo del lado del crucificado, pero también en mi cabeza está el pensamiento de que si le caés mal a la gente común es

porque debés estar haciendo cosas importantes y significa que vas por el buen camino. Argentina es particularmente una sociedad donde el fenómeno de la gente común se da con creces. No por nada los artistas comerciales y los políticos siempre se venden con el argumento: “Yo soy como vos”. Es porque efectivamente es una sociedad que cuando alguien asoma la cabeza por encima de la media, inmediatamente tratan de cortársela. Para mí es inevitable no llegar a la idea de que si la gente común te quiere es porque no estás haciendo cosas importantes y estás hundiéndote en la mediocridad. Además, la gente común siempre necesita de un líder, lo cual hace que también cada vez me aleje más de ella, porque si bien yo nunca fui un líder, tampoco nunca fui un seguidor, jamás necesité de un líder y eso me generó la exclusión tanto de estos como de sus seguidores. Los militantes políticos hablan mucho de que a la gente hay que darle más tiempo libre en su vida para que pueda desarrollar lo que quiere hacer, pero no se dan cuenta de que en este mundo los que tenemos una vocación somos una minoría. El resto necesita que líderes los mantengan ocupados ocho horas al día, cinco días a la semana, en un trabajo que les permita sobrevivir con reglas y mensajes que le hagan saber para dónde ir, porque si no tuvieran nada de eso y se les diera libertad, empezarían a chocarse entre ellos, no sabrían para dónde agarrar ni qué hacer con sus vidas. Tampoco es casualidad que la mayoría de los héroes en Argentina sean futbolistas o gente con ocupaciones que no requieran de mucho uso de la mente, y no es casualidad que estos sean siempre divinizados, motivo por el cual los políticos siempre se apoderan de estos como referentes. Yo creía que eso pasaba en esas ocupaciones, pero por lo visto no, la gente con ocupaciones dentro del arte y con cierta formación intelectual, también necesita divinizar a sus líderes, como es el caso de John Lennon, o los propios Beatles, tal vez la mentira más grande en la historia de la música, o de Julio

Cortázar, ya que una vez escuché contar a un escritor su anécdota de cómo lo había conocido, aclarando que cuando eso se dio, no podía creer que Cortázar fuera una persona de carne y hueso. Nadie niega que pudo ser un escritor talentoso, pero no poder creer que era una persona de carne y hueso me parece demasiado. Hoy Cortázar está divinizado por todos los escritores comerciales y es por eso que me dejó de interesar. Por lo visto, no importa el ámbito o la ocupación en que uno se mueva, siempre la gente va a divinizar a sus líderes.

Vuelve a hacer una pausa de unos segundos. El auditorio continúa en silencio.

MÁXIMO

Para tener una idea más detallada de los militantes políticos, podemos decir que existen diversos grupos de personas que ejercen determinados tipos de militancia social. Los anarquistas, que creen que debería dejar de existir la policía y cualquier fuerza de control; los animalistas, que creen que los animales deberían tener los mismos derechos que los seres humanos; los feministas, que hablan de la igualdad de género pero siempre desde el veneno y la misandria, lo que demuestra que la igualdad es lo último que quieren; los militantes de la identidad de género, que quieren terminar con una de las cosas más interesantes de la vida como es la diferencia hombre-mujer; los ateos, que creen que las religiones son la causa de todos los males de la humanidad; y por último los militantes sociales clásicos, que creen que los delincuentes no deben ir presos, o deben ir y salir lo antes posible, y que el orden social se debe permitir romper, ya que ser pobre te da derecho a violar la ley y a romper las normas de convivencia, porque si hay pobres no puede haber paz para nadie. El punto en el que se unen todos estos grupos es en la idea de que educación es sinónimo de sumisión, por lo que creen que el que piensa diferente es un enemigo que no merece ser tratado con respeto sino con

burla y descalificación. Buscan hacer de la sociedad una extensión de un aula de colegio secundario. Los militantes políticos menos reaccionarios podrán decir que esos grupos son minoría. Puede ser, pero el asunto es que estos grupos de gente irracional que tiene un enorme miedo y una gran bronca contra el diferente, avanzan en sus ideas y en espacio cada vez que hay en el poder gobiernos demagogos, hoy conocidos como políticamente correctos.

Finalmente, para indagar en la relación de los militantes políticos con la religión, tengo que decir que el desprecio de los primeros por la segunda fue de siempre. Les molesta fervientemente que la gente crea y usen con la religión el argumento de los líderes y seguidores, cuando esto no se da en absoluto en una religión. La gente creyente elige creer en

Dios y en determinada religión. Todas con culturas milenarias que les otorgan algo de autoridad a la hora de sugerir cómo hacer del mundo un lugar menos horrible. Pero como dije antes, la mayoría de la gente por naturaleza es propensa a elegir el mal, motivo por el que ser religioso siempre es una minoría, y los militantes políticos siempre van a sacar provecho de eso. No se olviden que para ellos, creer en Dios es de limitados mentales, pero divinizar seres humanos y adorarlos como ídolos es de intelectuales. Se los juro, se los juro por... la neurona de Hebe de Bonafini.

Esc. 3 Int. Día. Auditorio.

Cuando la gente va volviendo de a poco al auditorio, por donde había salido, puede ver un cartel que está pegado a lo largo del lugar y en el que no habían reparado. Éste dice:

Me preguntaron en la feria por qué le regalaba mis libros a aquellos que se acercaban y no podían comprarlo, o por qué cuando se acercaba otro escritor sencillamente realizaba un

trueque. A todos les digo que aunque mis libros siguen en las librerías, hace meses que pueden ser descargados gratuitamente de mis páginas web, por el mismo motivo que los regalo o los doy en trueque en las ferias. Solo soy un artista enamorado de su obra, que nunca va a condicionarla por cuestiones comerciales, ni al contenido ni a la llegada. Al final del día, todo se trata de haber emprendido una cruzada por darle al mundo un aporte cultural que trascienda por su estilo único e inconfundible.

Mi sono domandato alla feria perchè li regalavo i miei libri a quelli che non potevano pagarlo, o perchè quando si avvicinava un altro scrittore semplicemente facevo un baratto. A tutti li dico che anche se i miei libri seguono alle librerie, da alcuni mesi si possono scaricare gratuitamente dalle mie pagine web, per le stesse ragioni che li regalo o li do in baratto alle ferie. Solo sono un artista innamorato della sua opera, che mai va a condizionarla per questioni commerciali, nè al contenuto nè all'arrivo. Alla fine del giorno, tutto si tratta di avere intrapreso una crociata per dargli al mondo un contributo culturale che trascenda per il suo stile unico e inconfondibile.

I was asked at the book fair why I gifted my books to those who couldn't afford them, or why when another writer approached me I simply traded them for theirs. I want to say to everyone that although my books are still in book stores, they have been free for download from my websites for a few months now, for the same reasons that I gift them or trade them at fairs. I'm an artist who is in love with his work and who is never going to condition it because of commercial reasons, neither in its content nor in its scope of reach. At the end of the day, it's all about having undertaken a crusade to make a cultural contribution to the world that becomes significant because of its unique and unmistakable style.

Muchos, al verlo, no pueden evitar una expresión de impotencia. Sin embargo, al volver a la sala, muchos se sorprenden ya que las dos últimas filas de asientos siguen ocupadas con gente que parece tomarse el asunto

relajadamente. En ese instante, la pantalla grande comienza a mostrar un video de YouTube en el que se ve a una famosa vedette presentando su autobiografía y anunciando que el contenido de la misma se reparte entre sus peleas con otras vedettes y sus relaciones amorosas con hombres de la farándula. Abajo del video, figura corresponder al día de la fecha y tener más de tres millones de visualizaciones. En ese instante, un hombre de la muchedumbre comienza a reírse, lo sigue otro, luego un tercero, hasta que finalmente explota una carcajada colectiva que cambia por completo la atmósfera del auditorio.

El mensaje del retrato en la casa de Jazmín II

Esc. 1 Int. Día. Departamento.

ELVIRA, una mujer mayor, está sentada en el centro de un sofá largo ubicado casi contra la pared. Está apoyada en el respaldo y cruzada de piernas. Tiene puesto un saco de lana encima de una remera, pollera hasta por debajo de las rodillas y unas chatitas. Su cabello, medianamente corto, está cubierto en su totalidad por una tintura de color rojizo. Sentado en una silla frente a ella, hay un hombre de unos treinta años, con un grabador en la mano y una cámara de fotos colgada de su cuello.

HOMBRE

Bueno, muy bien, Elvira. Vamos a comenzar. La idea es poder editarlo lo antes posible para que en la próxima edición del diario que haga el municipio ya salga.

ELVIRA

No hay ningún problema.

HOMBRE

OK. (*Aprieta un botón del grabador*) Primero que nada, contános un poco sobre vos.

ELVIRA

Bueno, me llamo Elvira, tengo sesenta y siete años, no tengo problemas en decir la edad.

HOMBRE

Está muy bien.

ELVIRA

Vivo en Florencio Varela casi desde siempre. Soy jubilada. Tengo tres hijos y siete nietos.

HOMBRE

¿Sos de la que malcría a sus nietos?

ELVIRA

Y sí, aunque algunos nietos ya están más grandecitos. El más grande tiene dieciséis y el más chico siete. Al más chico cada vez que puedo lo malcrío un poco.

HOMBRE

No podía ser de otra manera. Elvira... ¿Cuánto tiempo trabajaste en la municipalidad de Florencio Varela?

ELVIRA

Treinta y ocho años.

HOMBRE

Wow.

ELVIRA

Sí, bastante.

HOMBRE

¿Y hace cuánto te uniste a la sociedad de fomento?

ELVIRA

Poco antes de jubilarme. Hará diez años.

HOMBRE

Contános un poco, para los que todavía no lo conocen, del proyecto que encaró la sociedad de fomento.

ELVIRA

Es más que nada un proyecto solidario. Éste fue siempre un municipio de gente humilde y trabajadora, que siempre vivió con lo justo, y que cada vez que hay algún problema con la economía, como se suele dar de vez en cuando en este país, la gente lo padece porque siempre vive con lo justo, nunca tiene de sobra. Tienen que hacer ajustes en el presupuesto y hay muchas familias que realmente la pasan mal. En la sociedad de fomento se nos ocurrió que el municipio arme una reserva de alimentos en base a donaciones de los almacenes y los supermercados para que puedan ser entregados gratuitamente a los más necesitados en tiempos de crisis como el que se avecina nuevamente. Pero hay que crear una reserva abundante porque el objetivo es que a las familias que más padecen las crisis se les pueda dar todos los

días un sachet de leche o un paquete de fideos o una bolsa de pan. Se me encargó a mí hablar con la gente de la municipalidad por haber trabajado ahí durante tantos años y hay mucha de la gente que está hoy que ya estaba antes de que me jubilara y que conozco muy bien. Cuando les mencioné la idea enseguida me dijeron que sí y me preguntaron cómo podían ayudar ellos también. Otros miembros se dedicaron a hablar con los almacenes y los supermercados, cada uno fue al más cercano que tiene y todos accedieron. Por suerte, tuvimos respaldo de todos lados.

Esc. 2 Ext. Día. Vía pública.

Se la ve a ELVIRA ingresando a un supermercado chino. Agarra una de las canastas y comienza a caminar por las góndolas. Agarra un paquete de arroz y un aceite. En un momento, un joven con un changuito camina detrás de ella. ELVIRA desacelera el paso mirando las cajas de té y de mate cocido. El joven intenta pasar, pero no puede.

JOVEN
Permiso.

ELVIRA hace caso omiso y continúa con lo que hacía, hasta que finalmente se detiene tratando de definir qué caja de té agarra. El joven se queda mirándola.

JOVEN
Permiso.

ELVIRA, sin sacar la vista de los tés, se corre apenas y el joven pasa el changuito por el costado con bastante dificultad. Finalmente, ella agarra una caja de té y una de mate cocido. En la góndola siguiente agarra un rollo de cocina, y en la góndola de limpieza, un trapo de piso. Luego de eso se dirige a la caja, donde había otro joven un par de años menor que el anterior vaciando un

changuito lleno hasta más de la mitad. El joven la ve atrás y apura el vaciamiento del changuito. Cuando finalmente le quedan tres productos, ELVIRA realiza un fuerte suspiro con una expresión exagerada de fastidio. El joven la mira y reduce notoriamente la velocidad con los tres productos finales. Cuando se retira, ella realiza el mismo procedimiento con sus cosas y se retira también. Camina una cuadra doblando en la esquina y a mitad de cuadra ingresa a una carnicería. Allí hay dos personas delante de ella, un hombre que está siendo atendido y una mujer.

ELVIRA

Buen día.

Todos los presentes le responden. Algunos minutos después, ingresa otro hombre que realiza el mismo saludo que ella. Todos le responden, excepto ELVIRA que lo ve y continúa mirando para adelante sin modificar su expresión. Finalmente, el hombre que estaba siendo atendido se retira saludando, ella responde su saludo al igual que el resto, y hace lo mismo cuando se retira la mujer.

CARNICERO

¿Cómo anda Elvira?

ELVIRA

Bien, Mario. Acá andamos. Sin saber qué tan abrigados tenemos que salir a la calle con este clima que está más loco que...

CARNICERO

La verdad que sí, un día hace calor, otro día hace frío.

ELVIRA

Es increíble.

CARNICERO

Ahora igual dijeron que la semana que viene ya se van los días fríos.

ELVIRA

Sí, eso dicen, pero...

CARNICERO

¿Qué anda necesitando?

ELVIRA

Milanesas, Mario. Un cuarto te pido.

El CARNICERO comienza a preparar lo solicitado.

CARNICERO

Qué bien que viene lo del proyecto de la sociedad de fomento. Me estuve enterando el otro día. La verdad que muy buena idea la que tuvieron.

ELVIRA

Sí, la verdad que sí. Fue idea de mucha gente en realidad. Lo que es lindo de estar ahí es que todos colaboran, y esto era algo que venía flotando hacía bastante. Sobre todo entre la gente joven, hay un grupo ahí de gente joven que está todo el tiempo con iniciativas.

CARNICERO

Sí, bueno una de las chicas que está es Jazmín, ¿no?

ELVIRA

Sí, Jazmín es un amor.

CARNICERO

Sí, es cliente de acá. Viene siempre. Una chica muy agradable.

ELVIRA

La verdad que sí.

CARNICERO

Tiene una distribuidora...

ELVIRA

Sí, de artículos de limpieza, con el novio.

CARNICERO

Exacto. La última vez que vino... ¿Cuándo fue?... hace unos días, me comentó lo del viaje que está planificando.

ELVIRA

Ah, no me contó, ¿a dónde?

CARNICERO

A España me había dicho.

ELVIRA se muestra sorprendida, pero enseguida intenta volver a la expresión que tenía.

CARNICERO

Dice que hace años que está suscripta a una empresa de turismo, y no sé de qué tiene una cuenta, que paga no sé cuánto por mes, y le armaron un plan de viaje.

ELVIRA

Mirá vos, no tenía ni idea. Después le voy a preguntar.
El CARNICERO termina de preparar lo solicitado.

CARNICERO

¿Qué más, Elvira?

ELVIRA

Nada más.

El CARNICERO pesa la bolsa y hace unas cuentas con la botonera de la balanza.

CARNICERO

Treinta y dos sería.

ELVIRA saca de su billetera treinta y cinco pesos y se los da. El CARNICERO los mete en la caja y busca el vuelto.

CARNICERO

Sí, igual dijo que faltaba, que era para mediados del año que viene.

ELVIRA

Ah, está bien.

El CARNICERO le da el vuelto y ella lo guarda en la billetera.

ELVIRA

Bueno, Mario, nos vemos, saludos a la familia.

CARNICERO

Gracias, igualmente.

ELVIRA sale de la carnicería.

Esc. 3 Int. Día. Consultorio.

ELVIRA está sentada de un lado del escritorio, hablando con un hombre de unos cincuenta años, sentado en el lado opuesto.

ELVIRA

Fue muy interesante. Una linda experiencia. Ahora hay que esperar a que lo pongan en el diario del municipio.

HOMBRE

Está muy bien. Es importante que te haya parecido una linda experiencia.

ELVIRA

Sí, sí. La verdad que sí.

HOMBRE

Y en cuanto a todo lo demás, ¿cómo estuviste?

ELVIRA

En general bien, aunque hace unos días tuve esa pesadilla de nuevo. Hacía muchísimo que no la tenía.

HOMBRE

Y... eso puede pasar, pero pasó mucho tiempo desde la última vez.

ELVIRA

Sí, muchísimo. A veces siento que es como un castigo.

HOMBRE

¿Castigo por qué?

ELVIRA

No sé, qué sé yo... Ya aquellas últimas veces que me había pasado... ví que me pasaba... después de que algo me generaba malestar.

HOMBRE

Ajá.

ELVIRA intenta continuar, pero tiene dificultad para encontrar las palabras.

HOMBRE

¿Qué tipo de malestar?

ELVIRA

No sé, pero es un malestar por enterarme de cosas.

HOMBRE

¿Y de qué te enteraste?

ELVIRA

No, nada en particular, me pasaba cuando en la municipalidad alguien no trabajaba como se debía.

HOMBRE

¿Y ahora?

ELVIRA

También, por ahí vi gente el otro día cuando volví a la municipalidad que no hacía bien su trabajo.

HOMBRE

Y ahí tuviste el sueño.

ELVIRA

Sí, lo que me da miedo es que ese sueño cada vez me asusta más, porque cada vez se siente más. Se siente más... la oscuridad absoluta, el que no puedo moverme de una posición incómoda y sofocante. Es casi como una semi-pérdida de conciencia en el sentido que no sabes dónde estás ni como llegaste ahí, qué hay del otro lado, no tenés conciencia del mundo, solo de que es un sufrimiento enorme... porque estás vos sola y sabés que no hay salida.

Se produce un silencio de unos segundos.

ELVIRA

¿Será así el infierno?

El hombre, que la escuchaba atentamente, volvió a su rol de contestador.

HOMBRE

Yo creo que el infierno y el cielo están acá en la tierra. No pienses mucho en eso, son síntomas de la claustrofobia, y es una fobia que fue de forma ligera, pero que has sentido.

ELVIRA

Sí. Es cierto. Pero esta vez se juntó con otra pesadilla que tenía de chica.

HOMBRE

¿Cuál?

ELVIRA

Una en la que tenía la sensación permanente de que algo estaba mal, muy mal. No sabía qué era y no podía hacer nada, pero la sensación era que entre más tiempo dejaba que pase, más se acercaba a la imposibilidad de revertirlo y el sufrimiento iba a ser para siempre.

El hombre respiró hondo.

HOMBRE

Está muy bien que me cuentes esto. Tenés que seguir tomando nota de todo y venir a contármelo cada vez que nos veamos. Esa es la única forma de que podamos ir entendiendo de a poco cada vez más.

Esc. 4 Ext. Día. Vía pública.

En una de las garitas de colectivos de la avenida principal de Florencio Varela, se puede ver un grupo de personas, entre ellas a ELVIRA. Una mujer unos años mayor, se aleja lentamente para ver la vidriera de un negocio allí ubicado. A los pocos segundos, se puede ver que el hombre ubicado adelante del grupo levanta la mano para parar un colectivo y automáticamente el grupo se va ordenando en forma de fila. Para entonces, la mujer mayor se vuelve a acercar a la fila y se detiene casi junto al joven ubicado delante de ELVIRA. La fila empieza a moverse y la gente va subiendo al colectivo. El joven no llega a ver a la mujer mayor junto a él y sube.

ELVIRA (*A la mujer mayor*)

Suba señora, venga, pase.

MUJER MAYOR

Bueno, muchas gracias.

La mujer mayor sube detrás del joven y ELVIRA lo hace detrás de ella.

MUJER MAYOR

Yo justo había ido a ver algo de la vidriera.

ELVIRA

No se haga problema, señora, pasa que hay gente que es muy maleducada, ¿vivo? Hay muy pocos caballeros en Argentina.

MUJER MAYOR

Y sí.

ELVIRA

Es así, no tienen consideración.

El joven pide su boleto y va a sentarse en los asientos de atrás. Luego lo hace la mujer mayor sentándose en uno de asientos de adelante, lo cual también hace ELVIRA. Luego continúa el resto de la fila con gente joven y de mediana edad. Finalmente, el colectivo arranca.

Esc. 5 Int. Día. Sociedad de fomento.

Unas ocho personas se encuentran sentadas alrededor de una mesa, cuatro son mayores, dos de mediana edad y dos jóvenes. Entre las mayores se encuentra ELVIRA. Se las puede ver hablando.

HOMBRE DE MEDIANA EDAD

Era lo que faltaba hacer. Ahora va a llegar a los rincones del municipio a los que no había llegado. Necesitábamos de esa nota en el diario local. No hay mayor difusión que eso.

MUJER MAYOR

Totalmente de acuerdo.

HOMBRE MAYOR

Es un buen complemento, igual el boca en boca es una cosa magistral contra la que no se puede.

Todos se manifiestan de acuerdo.

HOMBRE MAYOR

Y los dos miembros jóvenes que están hoy presentes hicieron un trabajo de boca en boca como se debe, tanto Germán como Jazmín.

Ambos sonríen.

HOMBRE MAYOR

Ahora, no sé ustedes, pero yo necesito parar para el café. *Muchos se suman a la idea. Los ocho se levantan de la mesa y el grupo empieza a dispersarse. Para cuando JAZMÍN se acerca la máquina de café, ELVIRA se le acerca.*

ELVIRA

Ah, Jazmín, te estaba buscando.

JAZMÍN

¿Qué pasó?

ELVIRA

Te quería comentar algo que se está viendo en el grupo, que es la organización de unas excursiones, actividades recreativas para gente grande o discapacitados, algo que también se hablaría con la municipalidad. Nadie lo quiere decir porque recién se está conversando, pero es algo que tiene buen puerto, y la idea es que se pueda realizar para mediados del año que viene. ¿Qué decís? ¿Contamos con vos?

JAZMÍN

Para mediados del año que viene, no te podría confirmar. Con mi novio estamos preparando un viaje a España para esa época, a conocer a algunos familiares.

ELVIRA

¿En serio? No tenía idea. ¡Qué bueno!

JAZMÍN

Sí, es algo que venimos planeando hace años.

ELVIRA

¿Y cómo fue que pudieron llegar a sacarlo?

JAZMÍN

No te creas que simplemente lo sacamos, porque si no sería imposible. Hace años que los dos tenemos una suscripción a una empresa de turismo que vas pagando una cantidad equis por mes. Es una empresa que cuando te suscribís te da una tarjeta y que cada vez que llegas a una cantidad determinada

de viajes cortos, que depende de la suscripción que tengas, te da un saldo para tu tarjeta del valor de uno de esos viajes, siempre el valor equivalente al viaje que más costó. Así vas sumando, y en el momento que quieras, vos podés cambiar el saldo que sumaste en la tarjeta por plata y con eso comprar uno de los programas de oferta que tienen en viajes a distintas partes del mundo.

ELVIRA

Mirá vos.

JAZMÍN

Cada vez que sumás saldo te dan un talonario para llenar y lo tenés que guardar porque ese es el único registro que se lleva. Cuando tenés la cantidad que buscás, tenés que ir a que te los firmen. Nosotros tenemos ya cientos de talonarios de los últimos años, de hecho si contamos los que todavía no llenamos tenemos para otro viaje. Los tenemos todos allá en el depósito de la distribuidora porque en casa no nos entran ni a gancho.

Te la recontra recomiendo, Elvira. Es accesible para todos.

Vos, que siempre dijiste que tu sueño era ir a España y a Italia a conocer donde vivían tus familiares, con esto lo podés hacer. Lleva tiempo y requiere de esfuerzo y algún sacrificio. Con mi novio lo venimos haciendo hace años.

Vos sos de hacer viajes cortos a veces más de los que hacemos nosotros. Si vos te inscribieras a la empresa, en menos de dos años estás viajando vos.

ELVIRA se muestra como si lo que JAZMÍN hubiera dicho fuese una exageración.

JAZMÍN

Te puedo asegurar que sí.

ELVIRA

¿Y ahora en el verano? ¿No te vas a la casa de Villa Gesell?

JAZMÍN

Sí, obvio, nos vamos ahora el primero de diciembre. Pasamos las fiestas allá. Y ésta vez nos vamos a quedar más

que los anteriores porque éste fue un año bastante
desgastante.

ELVIRA

Sí.

JAZMÍN

La idea es quedarnos hasta fines de enero o, si se puede,
primera quincena de febrero.

ELVIRA

Está muy bien.

JAZMÍN

¿Vos? ¿A la casa de Santa Teresita?

ELVIRA

Todavía estoy viendo. Seguramente lo voy a decidir en esos
días.

Esc. 6 Int. Día. Departamento.

ELVIRA se encuentra en el comedor donde le habían hecho la entrevista, sentada en un sillón individual ubicado en donde formaba un ángulo recto con el sofá largo. Se la ve descalza y bastante relajada viendo un programa de chimentos en la televisión. En algunas noticias se la puede ver interesada, pero en los momentos de distensión parece que su cabeza va hacia otro lado. Cuando el programa hace una pausa, se levanta y va al lavadero, agarra una escoba y un balde, lo llena con agua y sale a la calle, donde comienza a baldear la vereda. Eventualmente se ven algunas personas que pasan. Por momentos, ELVIRA mira para distintos lados, como si tratara de buscar a alguien, y por momentos su cabeza parece volver a irse.

Esc. 7 Int. Día. Distribuidora.

Se ven cuatro hombres yendo de un lado para el otro llevando cajas y pilas de papeles, dejando todo acomodado en distintos sectores. Uno de ellos ingresa a una oficina dejando la caja en un estante. En dicha oficina está sentada en el escritorio JAZMÍN, leyendo unos papeles. En ese instante, también ingresa un joven de su edad a la oficina.

JOVEN

Amor, hay una tal Elvira en la puerta.

JAZMÍN se sorprende.

JOVEN

¿Le digo que pase?

JAZMÍN

Dale, gracias.

El joven se retira. Dos minutos después ingresa

ELVIRA. JAZMÍN la ve y se levanta.

ELVIRA

No, no, no te levantes.

ELVIRA se acerca al escritorio y la saluda con un beso.

JAZMÍN

¿Cómo estás?

ELVIRA

Bien, me acordé que hoy a la noche salías para Villa Gesell y quise pasar a saludarte.

JAZMÍN

Ay, bueno, gracias.

ELVIRA

Aparte esta vez te vas más tiempo.

JAZMÍN

Sí, esta vez sí.

ELVIRA

¿Y cómo estás?

JAZMÍN

Y... viene movida la cosa por ser el último día.

ELVIRA

Me imagino.

JAZMÍN

Escuchame, ¿no querés algo de tomar?

ELVIRA

No, por favor, yo ya me voy. Era solo para saludarte, y desearte felices vacaciones, felices fiestas, y decirte que el año que viene te esperamos en la sociedad de fomento.

JAZMÍN

Allá voy a estar. Felices vacaciones y felices fiestas para vos también. ¿Te vas al final a Santa Teresita?

ELVIRA

Sí, sí, me voy una semanita en enero.

JAZMÍN

Bárbaro.

ELVIRA

Bueno, te saludo y te dejo terminar tus cosas.

Se saludan con un beso.

JAZMÍN

Gracias por pasarte.

ELVIRA

No, por favor. ¿Se quedan hasta tarde hoy acá?

JAZMÍN

No, la idea es ya irnos en una hora, tipo siete y media.

ELVIRA

Ah, bárbaro, chau, nos vemos.

JAZMÍN

Chau, nos vemos.

JAZMÍN vuelve a sentarse y ELVIRA sale de la oficina. Ya afuera, ELVIRA camina hacia la salida mirando para distintos lados. No se ve gente y expresa, de forma algo exagerada, curiosidad por los distintos pasillos que se le presentan en el camino. Elige uno sin dejar de caminar y comienza a transitarlo conservando la expresión. El sonido ambiente disminuye un poco a medida que sigue caminando. Al final del pasillo, éste

parece ensancharse bastante unos metros antes de llegar a una pared. En ese sector, puede verse al costado derecho la entrada a un pequeño depósito, y en el costado izquierdo dos ascensores, el primero es el ascensor común de un edificio, pero el segundo es uno que tiene la mitad de altura. Al ver esta situación, decide entrar en el depósito del costado derecho. Comprueba que no haya nadie y comienza a ver las distintas cajas. Todas tienen con marcador escrito en la parte superior su contenido. Se toma su tiempo para ver las inscripciones de todas las cajas, interrumpiendo cada vez que escucha un ruido y retomando cada vez que ese ruido se pierde. Todo lo que ve parece indicar tratarse de artículos de limpieza, recibos y facturas. Todo esto le lleva un tiempo prolongado. Cuando finalmente ve todas las inscripciones no puede evitar sentirse decepcionada, pero al mismo tiempo muestra cierta bronca que indica no haber terminado allí. Sale lentamente del depósito y se detiene enseguida al ver que en el pasillo, a unos metros de distancia, dos hombres están dialogando. Son dos de los hombres que trasladaban cajas y papeles. Están casi de espaldas a ella. ELVIRA se oculta detrás de la esquina donde se ensancha el pasillo y se queda viendo lo que hacen. Pasan algunos minutos, pero los hombres no se mueven y ELVIRA comienza a impacientarse. Espera unos minutos más, y al ver que la situación no muestra signos de una pronta modificación, comienza a tratar de caminar lo más silenciosamente posible hasta los ascensores, pero por más intento que hace, sus sandalias hacen un ruido que podría ser oído por los hombres. Se detiene sin sacar la vista de ellos, como siguen dialogando, realiza otro intento, pero el ruido la inhibe y vuelve a esconderse con expresión de fastidio. Se saca las sandalias, las deja del lado de adentro del depósito y retoma descalza su trayecto a los ascensores, chequeando

siempre lo que los hombres siguen haciendo. Cuando llega, llama el ascensor, escondida detrás de la otra esquina donde se ensancha el pasillo. Chequea que el ruido no haya sido escuchado, lo cual comprueba sin problemas, y cuando el ascensor llega al piso, sube. Allá ve que solo hay tres botones: primer piso, segundo y subsuelo. Aprieta subsuelo. Se baja en el mismo, donde ve que se trata de otro depósito bastante similar al que había estado. Se ven cajas y papeles. Comienza a realizar el mismo procedimiento y todo parece tratarse también de artículos de limpieza, recibos y facturas. En el fondo puede verse un pasillo que sale hacia el costado izquierdo. ELVIRA se acerca y comienza a transitarlo, no llega a reparar en un cuadro colgado en un costado con el retrato de una mujer mayor, de una gran elegancia, ostentando joyas de oro. Más adelante, se ven pilas de papeles pero a lo lejos parecen ser diferentes a los que vio. Se detiene frente a ellos a chequearlos. Los mismos parecen talonarios de una empresa de turismo con registros de diferentes viajes, todos tienen fechas que van desde tres atrás hasta hace un año y medio y están firmados por un supervisor. Figuran viajes a Luján, Mercedes, San Antonio de Areco, Campana, La Plata, Carlos Keen, entre otros. Automáticamente la sonrisa comienza a aparecer en su rostro. A un costado ve otra pila con los mismos formularios pero sin llenar y sin firmar, todos con fechas que abarcan el último año y medio. Más al costado aún ve que hay cajas abiertas y vacías, toma una, la pone junto a ella y se agacha apoyando una rodilla en el suelo, toma una pila de los formularios que están llenos y los empieza romper en pedazos, metiéndolos en la caja. Luego toma otra pila y realiza el mismo procedimiento incrementando la velocidad. A veces la pila que agarra es un poco alta y no puede romperla, por lo que la reduce. La pila restante va

bajando cada vez más. ELVIRA no toma un minuto de respiro ni modifica su expresión de convicción, y luego de algunos minutos, la pila ya se encuentra en su totalidad hecha pedazos adentro de la caja. Cierra la misma, se para con alguna dificultad y se dirige nuevamente al ascensor. En el camino, toma conciencia del retrato sobre la pared. Al verlo, se detiene instantáneamente. Se queda mirándolo. Su rostro va tomando progresivamente una expresión de desprecio que cada vez se intensifica más, hasta que de forma instantánea, gira y vuelve a donde estaba, apoya la caja junto a ella, toma otra vacía que pone encima, se vuelve a agachar y empieza a hacer el mismo procedimiento con los formularios vacíos. La pila también comienza a reducirse rápidamente, aunque esta vez sí se detiene por momentos para descansar. Cuando le queda poco menos de la mitad, se escucha el ruido como de un aplique y la luz se baja de golpe. ELVIRA se sorprende, toma los formularios que faltan y los mete en la caja sin romper, la cierra y se levanta con aún más dificultad teniendo que apoyarse en la pared. Retoma su camino al ascensor, ve que no está allí por lo que enseguida lo llama, pero éste no viene. Vuelve a intentarlo, pero no obtiene respuestas. Comienza a desesperarse y a no saber qué hacer. Ve que el ascensor de al lado, el que tiene la mitad de altura, sí se encuentra allí. En un impulso instantáneo, abre la puerta, ver lo chico que es la hace ir un poco más lenta, pero no se detiene, mete las cajas y luego entra ella teniendo que ponerse de pie junto a estas, de costado a la puerta y totalmente inclinada hacia adelante con el torso en línea paralela al techo. Con gran dificultad cierra la puerta y aprieta el botón del segundo piso. El ascensor empieza a subir, llega al primero pero un tramo antes de llegar al segundo, automáticamente se detiene y las luces se terminan de apagar dejando oscuridad absoluta.

Esc. 8 Ext. Día. Vía pública.

En la entrada de la distribuidora, se la puede ver a JAZMÍN con el joven que le avisó de la llegada de ELVIRA, y con tres de los hombres que trasladaban cajas y papeles, dialogando. Segundos después, el cuarto hombre sale de la distribuidora.

HOMBRE

Bueno, ya está todo.

JAZMÍN

¿Te acordaste de cortar la electricidad? Porque a la vuelta vamos a tener una factura millonaria.

HOMBRE

Todo controlado.

JOVEN

Bueno, gente, será hasta la vuelta.

HOMBRE

Hasta la vuelta.

Los cuatro van saludando a JAZMÍN y al joven, luego se van para un lado mientras que la pareja restante, cada uno con un brazo en la espalda del otro, se va para el lado opuesto. Un fundido encadenado nos lleva nuevamente al subsuelo, más precisamente a la pared donde está colgado el retrato, y realiza un lento zoom in hasta mostrarlo en plano detalle.

El efecto metrópolis 2

El colectivo de la línea cincuenta y cinco, que iba para La Matanza, había iniciado hacía unas pocas paradas su recorrido desde Belgrano; sin embargo, el mismo se encontraba con todos los asientos ocupados a excepción de uno, el segundo de la fila de atrás, empezando la cuenta por el lado de las puertas. En el primero de esa fila, junto a la ventanilla, había un joven de veintipico de años que vestía informalmente, con remera, bermudas y zapatillas, y que sostenía unos anteojos de sol. Eran las ocho y cuarto de la mañana de un martes algo caluroso del mes de octubre. En una de las paradas siguientes se subieron dos personas, una joven de su edad y un hombre de unos cuarenta años, éste último se quedó parado en el medio y la primera caminó hasta el asiento libre. Era muy atractiva, el joven la miró impactado pero enseguida comenzó a disimular con una expresión provocativa. Ella, apenas se sentó, se puso a usar su celular. El joven trataba de mirarla de reojo; al ver que no sacaba la mirada de su celular, giró la cabeza hacia ella. Ella lo miró, y sin hacer ningún gesto, continuó con lo que hacía. El joven volvió a mirar adelante conservando la expresión provocativa y se puso los anteojos de sol. Para entonces, el

colectivo empezó a transitar una zona con grandes baches provocando que éste diera fuertes saltos. Sorpresivamente, en uno de los más fuertes, se escuchó un golpe seco como si algo se rompiera en la parte de atrás del colectivo, y el salto siguiente pareció haber afectado más al joven que al resto ya que su cabeza hizo un brusco movimiento hacia atrás. Finalmente la zona de baches pasó y el colectivo continuó normalmente su recorrido. Fue llenándose un poco más ya que en esas paradas no eran muchas las personas que se bajaban. La joven del segundo asiento de la fila de atrás se bajó unos veinte minutos después. El joven no pareció notarlo ya que no se movió. Otro joven ocupó el asiento los siguientes diez minutos y posteriormente lo hizo una mujer de unos cincuenta años. Para entonces, el colectivo ya había cruzado a provincia y la cantidad de gente se había reducido notoriamente con algún que otro asiento vacío en las filas dobles del lado del pasillo. Diez minutos después, el colectivo llegó a la terminal, todos se fueron bajando de a poco hasta quedar solamente el joven que seguía sin moverse. El chofer le gritó:

- Flaco.

Pero éste no contestaba, por lo que insistió:

- Che flaco. Acá termina.

Todo siguió igual. El chofer se levantó, caminó hasta el fondo y repitió lo último que había dicho sacudiéndole el hombro, pero la respuesta nunca llegó. Sorprendido volvió a sacudirlo con un poco más de fuerza; al no obtener respuesta, se le quedó mirando unos segundos con cara de desentendido y atinó a sacarle los anteojos. Allí vio que el joven estaba con los ojos abiertos, por lo que dio un respingo del susto dejando caer los anteojos y salió corriendo nuevamente hasta el volante para abrir la puerta y avisar en la terminal.

A la media hora, llegó el asistente de la fiscal, comenzando a hablar con los oficiales de policía que le

fueron pasando algunos datos de la víctima. Para cuando se alejó un poco de la escena, una joven de poco más de veinte años se le acercó para preguntarle qué había sucedido. Él le pasó algunos de los datos y ella le manifestó su deseo de cooperar y ayudar en lo que necesitara, junto con otros vecinos de la zona. Minutos después, se la podía ver a la fiscal Laura llegar a la terminal que ya estaba sitiada de gente. Allí la recibió su asistente que le dijo:

- Encontraron un pasajero sin vida. Carlos Manrique, veinticinco años. Trabajaba en el depósito de la fábrica Laos, acá en Don Bosco.

Acto seguido, él la guió hasta el encargado. La fiscal se presentó formalmente y éste guió a ambos al colectivo. Los dos subieron por la puerta del medio y caminaron hasta el fondo para ver la escena. Los anteojos de sol seguían en el piso. Sin embargo, la víctima estaba sin las zapatillas. Laura volvió a acercarse a la puerta del medio y desde arriba le preguntó al encargado.

- ¿El pasajero estaba descalzo?
- No – Respondió sorprendido el hombre.
- ¿Tienen idea de qué pudo haber pasado con el calzado?
- La verdad que no. Nosotros no vimos nada.

Laura hizo una expresión de incredulidad y volvió a la parte de atrás del móvil. Al ponerse de costado pudieron ver que la víctima estaba apoyada sobre algo. Laura suavemente tomó la cabeza del joven y la llevó apenas hacia delante. Allí pudo ver que la víctima se había clavado una punta de metal en la nuca, que salía de un agujero en la plataforma de plástico detrás de la cabecera de los asientos. Ese agujero tenía alguna que otra mancha de sangre a su alrededor, ya que las gotas que eventualmente seguían cayendo de la cabeza de la víctima, lo hacían en su interior.

- Esto fue lo que lo mató ¿ves? – Le dijo Laura a su asistente.

Éste se acercó para ver y realizó una expresión de asco. Laura dejó suavemente la cabeza como estaba y dijo:

- Bueno, es cierto que cada vez es más inseguro viajar en transporte público.

Los dos bajaron nuevamente por la puerta del medio y volvieron al encuentro del encargado que al instante les preguntó:

- ¿Y? ¿Pudieron averiguar algo?

- Sí, la víctima murió por un pedazo de metal que se le clavó en la nuca.

- ¿Un pedazo de metal? – Preguntó sorprendido - ¿De dónde salió?

- De la plataforma que está atrás de los asientos. La plataforma se rompió por ese metal.

- No lo puedo creer.

- Es obvio que el móvil no estaba en condiciones de viajar.

Se produjo un silencio de unos segundos. Laura continuó:

- ¿Cuál era el horario de este móvil?

- Salió a las ocho menos cuarto desde Belgrano y tenía como hora de llegada las nueve y cinco. Hizo el recorrido perfectamente.

Un par de horas después, se la podía ver a Laura caminar por un pasillo hasta llegar donde estaba la médica forense, una mujer unos años mayor, tomando un café. Se saludaron y Laura preguntó:

- ¿Se supo algo nuevo?

- Sí, definitivamente se trató de un accidente. No hay indicios de que haya usado la fuerza o se haya resistido. El propio movimiento del colectivo fue lo que le hizo clavarse el metal.

- OK.

- Aparentemente nadie notó lo que le había pasado. El tajo fue profundo, pero no al punto de matarlo al instante. De haber tenido atención a tiempo podría haberse salvado.

- ¿Cuánto tiempo estuvo con eso clavado antes de morir?

- Como cuarenta minutos.

Laura no pudo evitar asombrarse por la respuesta y la mujer agregó:

- Tuvo que habérselo clavado poco después de haber subido al colectivo.

- Fue una agonía eterna.

- La verdad que sí.

- ¿Tienen la hora aproximada de la muerte?

- Las nueve de la mañana. Me pasaron los horarios que tenía ese móvil. Murió... no más de cinco minutos antes de que el colectivo terminara el recorrido.

Se produjo un pequeño silencio y la mujer retomó:

- Y para colmo tenía los anteojos de sol puestos, si no la gente se hubiera dado cuenta porque tuvo siempre los ojos abiertos.

Luego de la charla, Laura le pasó los datos a su asistente por teléfono al momento en que éste se encontraba hablando con la joven que se le había acercado. Luego de cortar, le comentó:

- Bueno, parece que ya se aclaró todo. Se trató de un accidente. Dicen que estuvo como cuarenta minutos con ese metal clavado antes de morir. Murió casi cuando el colectivo terminaba el recorrido y como tenía anteojos de sol puestos nadie lo notó. Cuarenta minutos, un montón de personas pasaron enfrente de él... y nadie lo notó.

- Es muy triste – Exclamó la joven.

Él realizó un gesto de aceptación, y ambos salieron de la terminal. Para ese momento, la misma ya había continuado con su movilización habitual, y el móvil donde había

ocurrido el hecho, comenzó su nuevo recorrido hacia Belgrano.

Epílogo de “El estado de disipación”

El lugar ya se había llenado de policías en las afueras de una vieja casona de la localidad de Bella Vista. La mayoría de ellos se comunicaban mediante sus celulares. Había expectativa de poder desbaratar a una banda de trata de personas.

En uno de los pasillos traseros de la casona, el cuerpo de Paula yacía como había caído al piso, con dos disparos en el pecho. Vestía solo una musculosa y un pantalón cortito, estaba de costado, con la pierna de abajo un poco más flexionada que la otra. Luis lo hacía a poco más de un metro de distancia, también con dos tiros en el pecho. Estaba con ropa más formal, y boca arriba. Ninguno de los oficiales presentes debía abandonar el lugar. No se podía descartar la posibilidad de encontrar escondido a algún miembro de la banda, ni de encontrar otra mujer secuestrada, viva o muerta. Sin embargo, los cuerpos fueron trasladados a la morgue, y una de las personas notificadas fue, sin duda, Romina, para que fuera a comprobar si se trataba de la mujer que estaba buscando, ya que permanecía como NN. Romina se encargó de notificarle la noticia a su grupo de trabajo y acudió. Allí se

debió enfrentar con la angustiante situación de que su trabajo no había tenido un final feliz.

Dos semanas después, dos chicas de su grupo de trabajo, de poco más de veinte años, se encontraban en el Centro Cultural donde se realizaban todos los afiches y carteles de difusión del caso e incluso de los eventos relacionados. Dentro de uno de los salones había un joven de la edad de ellas que se encontraba de pie junto a una mesa, con una remera de mangas cortas, un bermudas y descalzo, escribiendo y pegando recortes de diario sobre una cartulina. El piso estaba casi lleno de otras cartulinas con contenidos similares. Del lado opuesto de la mesa había dos sillas, y la entrada se encontraba en la pared opuesta a donde estaba la mesa. Las dos chicas se detuvieron en la entrada saludando al joven. Éste las reconoció, dejó lo que hacía y fue caminando hacia ellas cuidadosamente tratando de no pisar las cartulinas. La más chica de las dos no pudo evitar una ligera sonrisa por la situación. Cuando llegó donde estaban, las saludó dándoles un beso. Comenzaron a dialogar fuera del salón, y en un momento, la más grande le preguntó:

- ¿Es cierto que en un rato van a pasar por acá a preguntar por el tema de Paula?

- Sí, es cierto. ¿Por?

- No, por nada. No suelen venir a esta hora cuando vienen.

- Sí, ya deben estar por llegar.

- ¿Y tenés información para darles?

- Obvio, si no, no les hubiera dicho que sí. Ya sé que ustedes piensan que yo soy de los que inventan historias, pero por lo visto, los que vienen no piensan igual que ustedes.

- Puede ser, - Intervino la más chica – pero el tipo que vino las últimas veces se enojó mal hace poco porque comprobó que había datos que le habían pasado muchos

supuestos testigos que no eran ciertos, y eso había complicado la investigación.

- Y bueno, eso lo tendrán que ver con los que pasaron esos datos.

- Ya lo están haciendo, - Dijo la más grande – hubo unos cuantos que terminaron semanas en la cárcel.

El joven abrió aún más los ojos, sin poder evitar el asombro.

- ¿En la cárcel?

- Obvio. Falso testimonio. Y lo interesante fue que los agarraron así. Los tipos dijeron que tenían nueva información, los otros fueron y ahí se los llevaron.

- ¿Y el que vino las últimas veces es el mismo que llevó preso a los tipos?

- Hasta donde yo sabía sí, ¿no? – Le preguntó a su amiga.

- Yo tengo entendido que sí – Respondió ésta.

- Sí, es el mismo.

- Bueno, pero yo no tengo nada que ocultar.

- Bárbaro, si no pasaste ningún dato falso, no vas a tener ningún problema.

El joven seguía sin poder quitar la cara de asombro. Parecía que buscaba otras preguntas para seguir haciendo, pero ninguna le venía a la cabeza, y la expresión de pánico fue la que entonces pasó a dominarlo. Dos segundos después, salió corriendo a toda velocidad por donde habían venido las chicas. Estas automáticamente se miraron con una sonrisa irónica y no pudieron evitar reírse. Las dos hicieron un camino en el medio separando las cartulinas y se sentaron en las dos sillas junto a la mesa a esperar la llegada de uno de los hombres encargados en la investigación. Esto se dio tan solo algunos minutos después. Un joven un tanto mayor se detuvo en la entrada del salón y saludó a las dos diciéndoles:

- Hola, ¿están al tanto de lo que le dijeron a Romina?

- No, ¿qué pasó? – Preguntó la más grande.

- La fueron a ver a la vieja, y parece que tiró el dato de que a dos cuadras de donde estaba Paula, hay otra casa antigua donde tienen a dos chicas más.

- Me estás jodiendo.

- No, están preparando todo un operativo ahora.

- ¿Ahora? Vayamos – Exclamó la más chica.

- Si me esperan un toque, vamos los tres. Tengo que hablar con un chico que dijo que tenía información.

- Sí, pero ya se fue. Se trataba de otro invento – Explicó la más grande levantándose.

Su amiga se levantó tras ella y fueron hasta la puerta, donde el joven seguía con cara de desentendimiento e indignación hasta que finalmente salió con ellas del salón.

Minutos después, la policía llegó a la casa indicada por la mujer, realizando el allanamiento correspondiente. Se había formado un gentío, en el cual se encontraba Romina con su novio y con su grupo de trabajo, al que enseguida se le sumaron los tres jóvenes de la situación previamente narrada. La casa era antigua, efectivamente, aunque pequeña, solo tenía dos habitaciones. Con sumo cuidado, la policía ingresó a la primera de ellas, ésta estaba en un estado bastante precario y totalmente vacía. Tenía una cama de dos plazas, y aproximadamente a dos metros y medio arriba de la cabecera, un hueco de ventilación. Se retiraron de la misma, y paso siguiente, ingresaron a la segunda con el mismo cuidado, encontrando lo que resultó ser otra escena de crimen. En la habitación, había otra puerta en la pared opuesta a la entrada usada por la policía. Allí se encontraba una mujer de poco menos de treinta años, arrodillada, de espaldas a ellos, con el torso apoyado en la pared, al igual que la cabeza inclinada hacia un costado, en la cual llegaba a verse el ojo abierto. Vestía solo una musculosa y un pantalón corto y tenía un tiro en la espalda a la altura del corazón. Lo más impresionante de todo fue que tenía un brazo levantado con la mano apretando el picaporte de la puerta, y que una

línea de sangre pintaba la pared desde arriba de su cabeza hasta unos centímetros más arriba, aproximadamente donde estaría su pecho si estuviera de pie. Algunos oficiales se acercaron al cuerpo de la víctima, comprobando que aún estaba caliente. Para los más experimentados, era algo que no podía haber pasado hacía más de diez minutos. El panorama era definitivamente oscuro y desalentador. No había duda de que los integrantes de la banda habían logrado enterarse del inminente allanamiento y habían logrado escapar a tiempo. Por otro lado, la situación mostraba que antes de hacerlo se habrían encargado de acallar a las dos chicas secuestradas, aunque la segunda era un misterio, ya que la otra habitación de la casa estaba vacía. Debieron volver, pasando la información a los encargados de la investigación, los cuales la difundieron en todo su grupo. Para cada uno fue un golpe duro que buscaba su consuelo en el hecho de que era lo más probable en suceder, aunque al mismo tiempo no dejaba de ser un grito perdido de desahogo. Poco tiempo después, se llevaron el cuerpo de la víctima a la morgue, pero la policía debía quedarse, aún estaba la posibilidad de desbaratar a una banda de trata de personas. Los encargados de la investigación y su grupo también quisieron quedarse para ayudar en lo que se necesitara.

Poco más de una hora después, Mauro, el novio de Romina se acercó a los oficiales que habían hecho el allanamiento y con actitud de decisión les preguntó:

- Loco, ¿pero qué onda? Ustedes estuvieron haciendo un allanamiento. ¿No encontraron en alguna de las dos habitaciones, o afuera, algo que les llamara mínimamente la atención?

- ¿Como qué?

- ¿Cómo como qué? No sé, alguna ventana interna, una puerta oculta, un hueco de aire...

- Sí, un hueco de aire sí. En la habitación vacía había uno.

- ¿Pero eso qué diferencia hace? – Preguntó otro oficial.

- Mucha. En actividades como las que tienen estos tipos, esos son detalles fundamentales. Son los que hay que observar con más cuidado. Porque seguro hay lugares ocultos y a esos lugares solo se pueden llegar a través de estas cosas. Háganme caso. Hace años que tengo un videoclub y miro muchas películas. Muéstrenme el hueco. Llévenme a la habitación donde lo vieron.

El oficial lo miró con algo de duda, luego miró a sus compañeros y le dijo que sí. Romina enseguida se le acercó a Mauro para preguntarte si estaba seguro, y éste ratificó sin dudar su postura.

- Yo también quiero ir – Saltó la menor de las dos jóvenes que venían del Centro Cultural.

- ¿Estás loca? – Le reprochó la amiga por lo bajo.

- No, tiene razón, y me gustaría poder colaborar a mí también.

La amiga se le quedó mirando y finalmente le dijo:

- Bueno, pero vamos las dos.

El grupo de oficiales volvió a ingresar con el mismo cuidado a la casa y a la habitación en cuestión. Allí le mostraron a Mauro el hueco. Éste lo observó detalladamente, analizó la situación y se sacó las zapatillas, se subió arriba la cama y empezó a trepar lentamente por las hendiduras que había en la pared. Los oficiales se miraron entre ellos y uno fue a ayudarlo dándole impulso desde la espalda. Habiendo subido unos centímetros, Mauro llegó a tocar, con el brazo bien estirado, el hueco. Continuó trepando hasta llegar finalmente a una posición en que, agarrándose de éste, pudo hacer fuerza con sus brazos y subir hasta poder ingresar al mismo de cabeza. Allí les gritó a los demás:

- De acá parece haber otra habitación al final. Traten algunos de ustedes de ir por afuera en esa dirección a ver si nos encontramos. Yo voy a seguir.

Los presentes obedecieron, y un pequeño grupo, junto con las dos jóvenes, realizaron lo indicado. Mauro acabó de ingresar y boca abajo se fue deslizando. Algunos minutos después, a los que iban por afuera de la habitación se les terminó el camino con una pared. Sin embargo, antes de llegar a ésta había una puerta en el costado que supuestamente daba al hueco. Uno de ellos, mientras intentaba abrirla sin éxito, les dijo a las jóvenes:

- Ésta ya intentamos abrirla pero está trabada.

Vieron ahí volver a flaquear sus esperanzas, aunque decidieron quedarse a esperar. Unos minutos después, el picaporte empezó a moverse y automáticamente la puerta se abrió. Era Mauro. Uno de los oficiales le preguntó:

- ¿Y? ¿Qué encontraste?

- Esto – Respondió él haciéndolos pasar.

Los oficiales ingresaron a ver el lugar. Se trataba solo de un estrecho pasillo que terminaba a pocos metros y que dividía la pared con el hueco por donde se había deslizado Mauro de otra pared con otro hueco un poco más chico y a más baja estatura.

- Es como si ese hueco continuara el camino que acaba de hacer él – Analizó la menor de las jóvenes.

- Sí, - Respondió el oficial – pero al mismo tiempo este pasillo tiene que ser la división con las casas de acá a la vuelta. Ustedes quédense acá – Les dijo a los tres jóvenes – Nosotros vamos a la vuelta a ver si encontramos la entrada.

El grupo de oficiales regresó hasta la entrada de la casa. Allí fueron hasta la esquina opuesta a donde estaba el gentío y doblaron sin desacelerar su paso. Llegaron nuevamente a la esquina y volvieron a doblar para llegar a estar justo a la vuelta de la entrada principal. Mientras, Mauro le dijo a sus dos acompañantes que iba a tratar de meterse por el hueco

para continuar con el camino. Debido a que la estatura era mucho más baja, pudo meter la cabeza y deslizarse hasta quedar con las piernas suspendidas boca abajo. Las jóvenes miraban invadidas por la curiosidad. Veían cómo intentaba acomodarse para poder empezar a deslizarse, lo que les causaba algo de gracia. Cuando finalmente pareció haberlo logrado, se escuchó un ruido fuerte y seco, al mismo tiempo que las piernas de Mauro temblaron y quedaron inmóviles. Las jóvenes se sobresaltaron mirándose entre ellas. Luego, la mayor le preguntó:

- ¿Estás bien?

Pero Mauro parecía decirle a otra persona:

- No, pará, pará, estoy con la policía, venimos a sacarte.

Se produjo un corto silencio y volvió a repetir:

- Venimos a sacarte.

El silencio continuó, y segundos después, Mauro siguió avanzando. Las dos jóvenes volvieron a mirarse dejando salir el aire a modo de alivio. Cuando finalmente Mauro logró entrar a la habitación, las miró por el hueco y les dijo:

- Ya está, todo bien.

- Buenísimo – Respondió la mayor – Nosotras le vamos a avisar a la policía.

Las dos salieron y realizaron el mismo camino que los oficiales. Para cuando llegaron, vieron salir de la puerta principal de otra casa a Mauro con una chica. Los oficiales corrieron hasta ellos, Mauro y la chica se dieron vuelta y él les gritó:

- Ya está, la encontré.

La chica estaba en un estado de pánico enorme, con solo una remera, un pantalón corto y unas zapatillas. Los oficiales le preguntaron si estaba bien, a lo que ella respondió que sí. Entre ellos parecía que la alegría les había vuelto al rostro. Trataron de calmarla diciéndole que ya todo había terminado y le explicaron que la iban a llevar a la comisaría, donde estaría a salvo. En ese momento, uno de los oficiales tomó

su celular y llamó a uno de sus compañeros que se habían quedado en la habitación, para avisarles. Éste les avisó a los otros, que no pudieron evitar festejar. Salieron de la casa llevando la noticia a todo el gentío que explotó en un grito de alegría. Los otros oficiales volvieron caminando lentamente desde la entrada de aquella casa con Mauro, las dos jóvenes y la chica. A ésta, dos de los oficiales la escoltaban delante del grupo. Cuando llegaron al lugar, todo el gentío comenzó a aplaudir fervientemente. Fue una escena muy emotiva porque esta vez el grito de desahogo se había podido concretar. Uno de los oficiales que la escoltaba le informó al gentío de su traslado a la comisaría, ya que la chica aún estaba en estado de pánico y bajo un intenso estrés, y así dejaron que el proceso continuara. En ese momento, el oficial que había agarrado las zapatillas de Mauro, se le acercó a éste para dárselas. Mauro también se le acercó, pero justo antes Romina se le adelantó al oficial, le corrió la mano donde tenía las zapatillas, lo agarró a Mauro de las mejillas y le dio un largo e intenso beso por el que las mujeres del gentío expresaron gusto con un tono sensual. Cuando terminó, Mauro se había puesto colorado, por lo que todas empezaron a reírse.

Finalmente, cuando la joven rescatada llegó a la comisaría, ya estaba más calmada y vuelta en sí. Dos oficiales la llevaron a una de las oficinas y dejaron que intentara recordar cómo había sido todo. Pero no podía recordar para nada las caras de los hombres que la habían secuestrado. Sin embargo, en un instante pareció acordarse de algo y atinó a preguntar:

- ¿Dónde está Elsa?

Los oficiales sorprendidos le preguntaron:

- ¿Elsa?

- Mi compañera.

Fue entonces que los oficiales se miraron comprendiendo la situación, luego la miraron nuevamente

tratando de buscar la forma de hacérselo saber sin decírselo. La joven no pudo evitar entrar en llanto. Uno de los oficiales le dijo:

- Encontraron el cuerpo tratando de abrir la habitación donde estaba.

La joven continuó llorando, negando con la cabeza. Finalmente tomó fuerzas y dijo:

- No lo puedo entender. Había siempre dos tipos vigilándonos a nosotras. El que estaba conmigo me dijo que los habían descubierto y que se iban a ir. Me dijo que me quedara tranquila, que nos iban a dejar a las dos ahí, pero que ni se me ocurriera escapar y avisarle a la policía, que esperaríamos a que llegara. Yo le dije que no había problema, que las dos nos íbamos a quedar ahí. A los dos segundos que el tipo salió de la habitación se escuchó un disparo. Yo no entendía nada. Era demasiado rápido como para que hubiera sido él. Enseguida pensé lo peor, que era todo mentira, que la habían matado a Elsa y que me iban a venir a matar a mí. Pero no... nunca más volvieron. Me quedé ahí. Habré estado unas dos horas... y ahí llegaron ustedes.

Se dio un pequeño silencio en la oficina. Uno de los oficiales dijo:

- Creemos que la idea era realmente dejarlas vivas a las dos. Nosotros llegamos a la casa diez minutos después de que la mataran a Elsa y los tipos ya se nos habían escapado. A Elsa la encontramos primero porque estaba en una de las dos habitaciones que tenía la casa. Es probable que en algún momento hubiera llegado a visualizar la salida, y dada la situación que se había presentado...

- A vos te tenían en la habitación de otra casa que estaba conectada con la primera por un hueco de aire, - Agregó el otro oficial – por ese hueco entró el chico que te sacó.

La joven asintió. Durante el resto de la charla, los oficiales le contaron el proceso de investigación que estaban realizando para desbaratar a la banda. Ella accedió a aportar

todo lo que se necesitara para la captura de los dos hombres que las habían vigilado.

Por su parte, Romina y su equipo de trabajo, más allá de saber que no habían podido lograr lo que buscaban, pudieron sentir que todo el trabajo y el esfuerzo que habían realizado no había sido en vano. Habían logrado salvar la vida de una joven, y eso les daba la satisfacción de saber que todo había valido la pena.

La víctima equivocada

En poco tiempo, Mar del Plata había pasado de ser la ciudad feliz a la ciudad de los femicidios, y en la última semana había sido sede de un terrible caso de violación seguida de muerte, a una adolescente, que desencadenó una multitudinaria marcha en distintas ciudades del país para exigirle al gobierno el endurecimiento de las penas.

Exactamente una semana después de esa marcha, la fiscal Laura, que estaba de vacaciones en dicha ciudad, recibió el llamado de un conocido de ella residente de allí. Éste se excusó primeramente por molestarla en sus vacaciones, y luego le preguntó si se había enterado del caso que acababa de ocurrir. Laura dijo que no, por lo que el hombre procedió a contarle. Habían encontrado el cuerpo sin vida de un joven de veintipico de años en un terreno baldío, a no más de cinco cuadras de donde ella estaba parando. Laura aludió no saber nada, y ante la nueva pregunta del hombre sobre si tenía intenciones de acercarse al lugar, Laura afirmó que no, que estaba de vacaciones. Sin embargo, no iban a pasar veinte minutos de que colgara el teléfono, para que saliera de su casa y fuera al lugar del hecho. Eran cerca de las diez de la noche. Allí había algunas personas, entre ellas el fiscal de la ciudad y el hombre que la

había llamado, que al verla, sonrió irónicamente. Ella se integró al grupo, siendo presentada por él. El fiscal la miró sorprendido al principio, pero luego cambió su expresión por una de desafío, sin decirle absolutamente nada. Todos estaban dentro del terreno a pocos metros de la víctima. Se trataba de un joven de veintipico de años, de tez y cabello morocho, con una chomba, un jean con el dobladillo levantado y descalzo, yaciendo boca arriba y con las piernas un poco levantadas ya que descansaban sobre una ligera pila de escombros y piedras. Tenía los ojos abiertos, un chichón enorme con algo de sangre en la sien izquierda, el cual parecía ser la única herida mortal, y también podía verse sangre en una de las piedras ubicadas a poca distancia de su cabeza. Sin embargo, con el correr de los segundos y el análisis más detallado de la víctima, Laura fue llegando a las conclusiones que los demás presentes ya sabían por el hecho de haber llegado antes. Tenía en el costado izquierdo del cuello la marca de un fuerte rasguño, con algunos restos de esmalte colorado; justo al lado de los botones, su chomba estaba ligeramente rota; y lo más importante, tenía el botón de su jean desabrochado con el cierre bajo.

- Se trató de otro intento de violación – Acotó el hombre.

- Sí, eligió a la víctima equivocada – Respondió Laura.

Pero finalmente, ella iba a notar algo que iba a hacer la diferencia.

- Estaba bien preparada.

- ¿Por qué lo decís? – Preguntó el fiscal.

Laura se acercó al cuerpo y sacó de al lado del cuello un lápiz labial negro, mostrándoselo al resto.

- Sí, creemos que se le cayó a la mujer que atacó.

- No se le cayó. La mujer lo dejó.

Los presentes no parecían entender, y Laura explicó:

- Es el símbolo de una organización que estaba en la marcha de la semana pasada.

Laura sacó su celular y buscó en internet la frase “lápiz labial negro”. Se trataba de una página de Facebook con una foto que mostraba el objeto mismo y una descripción sintética que le mostró al fiscal, pero que hizo acercar la cabeza de todos los presentes. La misma decía:

CHE MACHITO, MACHISTA, ESTO SE TERMINÓ.
NO NOS VAS A SEGUIR MATANDO. ME CAGO EN
TU PATRIARCADO, ME CAGO EN TUS VALORES.
ME PODRÁS DECIR QUE SOY UNA INTOLERANTE,
QUE SOY UNA FEMINAZI, PERO ESTO SE
TERMINÓ. EMPEZÁ A TENER MIEDO, PORQUE
NOSOTRAS YA NO LO TENEMOS MÁS.

El hada perspicaz

(Versión alternativa)

- **E**s como un bloqueo adolescente, – Dijo Gabriel, un joven de veintiséis años, hablando por su celular – como esa cosa que los paraliza. No te preocupes, voy a ver qué puedo hacer.

Eso fue lo último que dijo antes de cortar la comunicación, parado en ese bar de plaza Serrano. Apenas guardó su celular, hizo un paneo con la mirada y vio que, a lo lejos, una joven de su edad que sostenía un trago, parada junto a la barra, lo miraba, aunque cuando las miradas se encontraron ella desvió la suya para otro lado. Gabriel se acercó presentándose, la joven hizo lo propio y comenzaron una conversación. En la misma, él le preguntó:

- ¿A qué te dedicás?

- Soy actriz, hace tres años terminé la carrera. Hoy estoy haciendo una obra de teatro para adolescentes en el Auditorio de Palermo.

- ¡Qué bueno! Me encantaría ir a verla.

- Tenés que apurarte, esta semana que empieza es la última.

- OK.

- ¿Vos? ¿A qué te dedicás?

- Manejo un negocio que diseña páginas web. Hace un tiempo que viene funcionando bien, aunque uno de nuestros mejores diseñadores está con una espacie de bloqueo hace unos días.

- Y, eso pasa. ¿Y hacen todo tipo de páginas?

- Sí, para empresas, clubes... y para artistas, que son las que más disfrutamos haciendo.

La joven sonrió y dijo:

- No me vendría mal una página web propia.

El viernes siguiente era el día de la última función de la obra en que trabajaba Fernanda, la joven de la escena anterior. Horas antes, Guido, un joven de veinticinco años, se terminaba de preparar, en el comedor de su casa, poniéndose una campera. Luego de eso, tomó su celular de arriba el escritorio y le mandó un mensaje de texto a Fernanda que decía:

HOLA, ¿CÓMO TE PREPARÁS PARA LA ÚLTIMA FUNCIÓN? ¿VAS A USAR ESA POLLERA FLOREADA QUE TE QUEDA TAN LINDA?

Cuando llegó la noche, varios minutos antes del inicio de la función, el auditorio ya tenía una buena cantidad de público. A medida que los minutos pasaban, más gente iba ingresando, y entre esa gente se encontraba Gabriel, que se sentó más o menos por la quinta fila. La obra se trataba de una joven de pueblo que quería ayudar a los adolescentes, quienes, según ella, eran los excluidos del allí. Finalmente la obra comenzó, las luces se apagaron y el telón se abrió. Apareció la joven interpretada por Fernanda. Estaba con una remera, un jean y unas zapatillas. Un look simple. Durante la obra, la joven se iba encontrando con adolescentes, los cuales le iban a pedir ayuda, ya que cada vez había más

adolescentes que aparecían paralizados en el pueblo, porque allí había una creencia de que estos eran la fuente de toda rebeldía y por lo tanto del caos, y cada uno que tuviera ideas rebeldes debía ser paralizado a través de palabras que disminuyeran su autoestima. El grupo de adolescentes en escena guiaban a la joven a donde estos estaban. Cuando encontraban uno, ella se acercaba, ponía una especie de polvo mágico sobre la palma de su mano y se lo soplaba suavemente al adolescente, haciendo que volviera en sí y pudiera moverse. Éste le agradecía y se sumaba al grupo que seguía guiando a la joven hacia otros casos, repitiendo siempre el procedimiento. Después de eso, cuando la joven seguía caminando sola, encontraba a un adulto hablando con un adolescente, diciéndole que tenía que obedecer a todo lo que los adultos del pueblo le decían y que ni se le podía ocurrir tratar de cambiar nada, porque eso era maldad. Todo el mensaje era dado apelando a bajar su autoestima, y a medida que éste se producía, el adolescente parecía ir perdiendo movilidad poco a poco. La joven se acercaba por atrás del adulto, haciéndole la seña de silencio con el dedo al adolescente, sacaba el polvo mágico que ponía sobre la palma de su mano y se lo soplaba suavemente al adulto, paralizándolo a él. Luego le decía al adolescente que no debía creer esas cosas, que él debía ser libre y que no debía dejarse controlar por los adultos. Éste automáticamente recuperaba la movilidad y se iba contento. Para entonces, la joven volvía a sacar el polvo mágico con el fin de devolverle la movilidad al adulto. Éste volvía en sí, y al ver que el chico no estaba, miraba furiosa a la joven y comenzaba a perseguirla, ella corría sin que él pudiera alcanzarla, hasta que ella se escondía sobre un sector de la escenografía y él salía de escena con la intención de seguir buscándola por otro lado. En la escena final, aparecía un joven de pueblo, enojado, interpretado por Guido. Parecía estar separando algo de tierra con una pala para tirar algunas semillas. Estaba con una remera, un

pantalón corto y descalzo. Ella lo veía y se le acercaba para preguntarle si estaba bien, a lo que él le contestaba que estaba harto de la actitud del pueblo hacia los adolescentes y que no se le ocurría qué podía hacer para cambiar las cosas, a lo que ella le respondía hablándole de sus polvos mágicos, compartiendo con él una porción de los mismos, lo que llevaba a un breve diálogo que los hacía enamorar. Luego de la escena final, los dos jóvenes llamaban a dos personas del público, un adolescente y un adulto para hacer un caso de forma improvisada, con la única condición de mantener las reglas de aquel universo de la obra. Guido buscó entre el público y llamó a un chico de quince años, de las primeras filas. Fernanda buscó entre el público y lo llamó a Gabriel. Ambos subieron al escenario. Guido le preguntó el nombre al chico, y Fernanda hizo lo propio con Gabriel, quien no pudo evitar tentarse un poco, ya que por la forma en que se miraban, quedaba muy claro que ambos ya se conocían. Guido notó esto y no pudo evitar mirarlo con cierto repudio. Fernanda miró al chico y le preguntó si quería iniciar el diálogo, éste le respondió que no, que lo único que quería era que él le compartiera una parte de los polvos mágicos. Esto causó una reacción de risas en el público e hizo que Guido no pudiera evitar sorprenderse, lo que indicaba ser la primera vez que pasaba eso. Sin embargo, debió darle una parte del polvo que Fernanda le había dado. Cuando fue el turno de hablar de Gabriel, éste se puso en un personaje algo sobreactuado y dijo que eran ciertas las ideas que el pueblo tenía sobre la rebeldía de los adolescentes, y que estaba dispuesto a llevársela a ella del pueblo para que dejara de compartir esos polvos mágicos. Ante esto, Guido miró al chico, haciéndole la seña de que debía paralizarlo, pero el chico se negó a hacerlo. Esto volvió a provocar la risa del público. Guido, que volvió a sorprenderse, sacó la parte que le quedaba del polvo, lo puso en la palma de su mano y se preparó para soplárselo a Gabriel, pero en ese

momento, Gabriel agarró del brazo a Fernanda y se alejaron unos metros. Aquí el público dejó reflejar una carcajada. Guido, aumentando su expresión de asombro y enojo, se les acercó para repetir el procedimiento, pero Gabriel reaccionó de la misma forma, por lo que luego de eso, Guido se preparó para soplarle el polvo sin dejar de avanzar hacia ellos, que seguían retrocediendo, y que cuando llegaron al final del escenario comenzaron a subir por las escaleras que había, saliendo de escena. Fue aquí que se desató el aplauso del público. Sin embargo, el mismo se detuvo cuando Gabriel y Fernanda aparecieron corriendo, tomados de la mano, por los balcones internos de arriba, siendo perseguidos por Guido. La reacción de la gente ya era de sumo interés debido a lo real que parecía la obra. Guido los siguió por todos los rincones que podía y la gente giraba sus cuerpos para no perderse ningún detalle. Estando en el extremo opuesto al escenario, pareció acorralarlos, pero el ruido de la pala cayéndosele al suelo al chico, la cual había agarrado para ver, hizo que Guido y el público giraran la cabeza hacia el escenario y esto le diera a Gabriel y a Fernanda la posibilidad de volver a escaparse. Finalmente se acercaron a la escalera que los regresaba al escenario, se trataba de la escalera del extremo opuesto por el que habían subido. Los dos bajaron a toda velocidad en dirección a salir del escenario e irse por el pasillo central que dividía al público. El chico los dejó pasar. Cuando Guido terminó de bajar queriendo hacer lo mismo, vio al chico ya casi a un paso de él, que le sopló el polvo haciendo que debiera paralizarse. Gabriel y Fernanda, al notar que los pasos de Guido habían cesado, se dieron vuelta y se detuvieron al verlo paralizado en pose de corredor. El público entonces estalló en el aplauso más fuerte de la noche. El chico se puso en el medio del escenario y comenzó a hacer reverencias agradeciendo, mientras que Gabriel y Fernanda se miraron sonriendo y continuaron su salida del auditorio a paso más

tranquilo. La madre del chico se acercó al escenario para sacarle una foto a su hijo junto a Guido que no debía moverse. Después de eso, el chico bajó y otros quisieron acercarse también a sacarse una foto junto a Guido. Subieron alrededor de diez adolescentes, un chico de unos diecisiete años se sacó una foto pasando un brazo sobre sus hombros a modo de amistad. Uno de quince, se sacó una haciéndole unos cuernos por detrás de la cabeza. Luego, una chica de dieciséis se sacó una mirándolo con compasión algo sobradora. Otra, de dieciocho años, se sacó una apoyándole una mano en el hombro y levantando el otro brazo con una pose sensual y al mismo tiempo eufórica. Una de quince se sacó una con algo de timidez, acomodándose bien antes, tratando de no pisarlo accidentalmente. Luego, un chico de dieciocho se sacó una dándole unas palmaditas en la espalda con expresión arrogante que parecía decir: “otra vez será”, y una chica de diecisiete se sacó una simulando darle un beso en la mejilla.

La semana siguiente, en una oficina y frente a una computadora, se encontraban Gabriel y Fernanda, juntos miraban el resultado de una página web que mostraba videos con escenas de la última función. Él la miró y le dijo:

- Listo, ya está hecho. No le digas a nadie, pero ésta va por cuenta de la casa.

Ella le sonrió y le dijo:

- No te preocupes, va a ser nuestro secreto.

Luego de eso, se besaron.

Las horas bajas

(Los estragos del bullying)

Lucrecia, una mujer de unos treinta años, se encontraba de un lado del escritorio, mientras que del otro se encontraban dos hombres, ambos mayores y vestidos formalmente. Se la podía ver a Lucrecia buscando las palabras justas para decir algo, hasta que finalmente dijo lo siguiente:

- Ya de por sí es muy raro ese chico, y ni siquiera desde él me llega algún indicio. Muchos otros alumnos dijeron saber qué había pasado, pero todos afirmaron que no iban a decir nada. Es un código que tienen, me imagino, no sé, la verdad...

Se volvió a producir un silencio y continuó:

- Lo que sí les puedo decir es que realmente intenté saber qué pasó. Pero todo se ve cubierto de una nube de duda y de confusión, y pareciera que hay algo que impidiera el acceso a cualquier cosa que pudiera llegar a ayudarte.

Los hombres dejaron ver algo de pesimismo en sus expresiones.

Dos semanas antes.

El Sagrado Corazón ya llevaba varios años en funcionamiento. Era un colegio serio y de muy buen nivel, que ofrecía tanto educación primaria como secundaria. Esta última funcionaba en el tercer piso del edificio, donde se encontraba un pequeño pedestal con el busto del sacerdote fundador.

La primera escena transcurrió en esa pequeña transición entre el final del recreo y el inicio de una nueva hora. Cada vez eran más los chicos de entre trece y dieciocho años que salían del patio en el primer piso y subían las escaleras. Todos con sus respectivos uniformes, los varones con la chomba celeste, el pantalón largo gris, las medias azules y los zapatos oscuros; mientras que las mujeres usaban el mismo uniforme pero con pollera que llegaba apenas arriba las rodillas. Gastón era uno de los jóvenes que estaba entre el tumulto. Tenía dieciséis años, cursaba el cuarto año y se lo reconocía por su cara de nene bueno. En el primer piso también estaba la sala de profesores, y Gastón vio cerca de ésta a Celeste, su profesora de historia, una mujer de unos treinta y cinco años, que se caracterizaba por ser una docente muy estricta pero con una forma de ser muy dulce. Gastón se corrió un poco para pasar más cerca de ella, y al estar al lado le dijo:

- Hola profe.

- Hola ¿cómo estás? – Le respondió Celeste.

- Todo bien. – Le dijo él deteniéndose – Bah... algo complicado con el trabajo que hay que entregar.

- ¿Por qué complicado?

- Y... es poco tiempo el que tenemos. Estuve hablando con algunos compañeros y a todos les pasa lo mismo. No sabemos si vamos a poder llegar.

- Sos la quinta persona del curso en esta semana que viene a decirme lo mismo.

- Y sí, es que nos está pasando a todos.

- Se les dio el tiempo justo que se les tenía que dar para este tipo de trabajo. Si me hubieran hecho caso y hubieran empezado de a poco apenas se los di, en vez de dejarlo todo para último momento, hubieran llegado sin problema.

- Yo lo empecé de a poco apenas lo dio. Pero la semana pasada se juntaron varias pruebas de otras materias.

- No, Gastón. No hay excusas.

Gastón sonrió aceptando la respuesta y subió las escaleras.

Esa misma noche, Lucrecia caminaba por el living de su casa, leyendo unos papeles del colegio, a unos metros de ella estaba su perro durmiendo. Algunos minutos después, se escuchó de afuera el lamento de otro perro, seguido casi al instante por la bocina de un auto. Lucrecia realizó una expresión de intriga y se acercó a la ventana, allí vio que un perro callejero se subía a la vereda rengueando un poco y con un ligero llanto. Se le quedó mirando unos segundos, dejó los papeles sobre la mesa y bajó. En la calle, se le acercó lentamente, comenzó a acariciarle a cabeza, y con el mayor cuidado posible, intentó levantarlo, al principio el perro se quejó por el dolor pero fue cediendo ante la contención de Lucrecia. Finalmente, volvió a subir a su casa con él.

La jornada siguiente, un profesor había faltado y el curso de Gastón tenía una hora libre. Mientras éste se encontraba en el aula acomodando sus cosas en la mochila, Emilio y otros tres compañeros de curso se le acercaron. Éste era un joven robusto y con una mirada algo desafiante que le dijo:

- Che, gil, el otro día me contaron que ahora intentaste vos hablar con la de Historia por lo del trabajo.

- ¿Quién te contó?

- Qué te importa, boludo. Aparte sos re forro. Dejá que vayan los que la pueden llegar a convencer.

- ¿Por qué? ¿Porque lo decís vos?

- No, porque es lo que le conviene al curso. ¿O pensás que vos podés convencer a alguien?

Los tres jóvenes acompañantes se rieron.

- Hago lo que se me canta, chabón. ¿Qué te metés en lo que hago?

- Te estoy haciendo un favor, boludo, para que no quedes como idiota.

- Yo no quedo como idiota.

- No, sos idiota.

Acá los tres jóvenes dejaron salir la carcajada.

- Bueno, te agradezco el favor.

- Haceme caso, boludo. La mina tiene que andar fingiendo que quiere hablar con vos.

- ¿Cómo sabés?

- ¿Te pensás que alguien puede querer hablar con vos? Sos más raro que la mierda.

- Sí, chabón, – Intervino uno de los tres jóvenes – sos un personaje...

- Claro, porque ustedes son todos unos fenómenos.

- No, pero por lo menos no somos raros como vos – Retomó Emilio.

- Es tu opinión, chabón.

- No es mi opinión, es la opinión de todos. ¿Para ustedes no es raro? – Le preguntó a los tres jóvenes.

Todos asintieron.

- Ya de por sí, con la cara que tenés asustás a cualquiera.

Nuevamente los tres dejaron salir la carcajada.

- ¿Vos te viste al espejo?

- Sí, y no tengo la cara de boludo que tenés que vos.

- No, peor. Vos si vas a hablar con alguien, miran para abajo directamente, ni te miran a vos.

Acá los tres se miraron con expresión de no entender el chiste.

- Haceme caso, chabón.

- Dale, lo voy a tener en cuenta.

- Te lo está diciendo bien – Intervino otro de los tres.

- No te metás, chabón.

- Me meto todo lo que quiero.

- Todos te dicen lo mismo. O sea, fijate – Volvió a retomar Emilio.

- Listo. – Exclamó Gastón comenzando a irse.

Mientras se iba, Emilio le dijo:

- Nos re convenciste a todos, chabón.

Los tres volvieron a reírse. Gastón se dio vuelta ya con expresión de furia y le respondió:

- ¿Viste? Igual que vos a tus viejos que se terminaron divorciando.

Emilio lo miró seriamente y los tres jóvenes también se pusieron serios mirándolo a Emilio.

En ese momento, varios docentes estaban reunidos en la sala de profesores dialogando y tomando café, entre ellos se encontraba Celeste. Algunos minutos después, ingresaron algunos de los preceptores, entre ellos Lucrecia, y se sentaron también. Celeste y Lucrecia comenzaron a charlar de forma descontracturada, y la segunda dijo en un momento:

- Ayer terminé levantando un perrito de la calle.

- ¡No me digas!

- Sí, yo estaba en mi departamento. De repente se empezó a escuchar de la calle que se quejaba, pobrecito. Me asomé a ver, andaba rengueando y en el medio de la calle, los autos le tocaban bocina. Enseguida bajé y lo llevé a casa para que estuviera fuera de peligro.

- ¡Qué bárbaro! ¿Y estaba muy lastimado, pobrecito?

- Y... la tenía un poco lastimada la patita. Hoy a la tarde ya tenía pensado llevarlo al veterinario.

- ¿Y después?

Lucrecia pensó sonriendo como ya sabiendo la respuesta. Celeste le preguntó sorprendida:

- ¿Pero y cómo lo va a tomar el otro?

- Ya lo tomó re bien, estuvo toda la noche al lado, no sabés lo que fue.

- No te lo puedo creer – Dijo tiernamente Celeste.

- Sí, ya se apoderaron los dos de la cama, así que ya casi no me queda espacio para dormir.

Ambas se rieron y Lucrecia continuó:

- Al otro, ahora lo estoy sacando a pasear más seguido, para mostrarlo más, porque está re lindo.

- Sí, es re lindo.

- Sí, igual hay gente que pasa por al lado y ni lo registra. Está en la suya, o lo mira y no hace nada. Yo a esa gente, por lo general, se los tiro encima, se los paso para el lado por donde vienen ¿viste?

Ambas volvieron a reírse.

- Si no me gusta la cara... lo suelo hacer, y si no cuando estoy hablando con algún vecino, lo pongo para que tape toda la vereda y me hago la boluda. Que quede entre nosotras. Te lo cuento porque es viernes, y vos sabés que los viernes confieso cosas.

Las dos volvieron a reírse.

La semana siguiente pareció comenzar con su movilización habitual. Era hora de recreo, los alumnos empezaban a bajar por las escaleras. Gastón iba caminando solo como era su costumbre, y al llegar al primer piso, Emilio y sus tres amigos se le acercaron. Éste le dijo:

- ¿Cómo va, che?

- ¿Qué querés? – Preguntó Gastón fastidiado.

- Che, no te habrás enojado por lo que del otro día. Estábamos jodiendo.

- Todo bien.

- Bueno, porque para mí no está todo bien – Le dijo cambiando el tono bruscamente Emilio, poniéndole una mano en el brazo.

Gastón se detuvo asustado. Los cuatro lo acorralaron y lo llevaron hasta una puerta que conducía a la recepción. Gastón se resistió unos segundos pero entre los cuatro lograron contenerlo.

La siguiente escena transcurrió minutos después, nuevamente en la pequeña transición entre el final del recreo y el inicio de una nueva hora. Sin embargo, no iba a ser una transición normal. Los primeros alumnos en subir se iban a encontrar con una escena por demás poco habitual. El busto del sacerdote había sido retirado y sobre el pedestal estaba Gastón con la parte de adelante del torso hacia abajo, los brazos hacia atrás y las piernas dobladas, teniendo las dos manos y los dos pies atados juntos arriba, sin pantalón, sin medias ni zapatos, solo su chomba celeste y un bóxer. Tenía la cabeza levantada hacia la gente y una mordaza en la boca. Los alumnos que llegaron no pudieron evitar asombrarse, pero a los pocos segundos empezaron a salir algunas carcajadas que acabaron contagiando al resto. Las mismas se fueron extendiendo a medida que más alumnos iban subiendo ya que estos se encontraban con las risas antes de conocer la situación, y el lugar cada vez se llenaba más debido a que ante la situación nadie iba para su aula. A algunos profesores y preceptores que estaban del otro lado del pasillo que salía de la pared opuesta, entre ellos Celeste y Lucrecia, esto les llamó la atención. Celeste decidió ir a ver qué estaba pasando, y cuando llegó al lugar, vio la escena. Sin poder creer lo que veía le sacó la mordaza de la boca y le preguntó:

- ¿Quién te hizo esto?

Gastón no contestó. Enseguida Celeste lo desató y lo ayudó a ponerse de pie abajo del pedestal. Las risas fueron cesando hasta que quedó todo en silencio. Lucrecia se había asomado a ver también la situación. Celeste volvió a preguntarle con un tono más severo:

- ¿Quién te hizo esto?

Pero Gastón, invadido por la vergüenza, solo atinó a salir corriendo por el pasillo, lo que volvió a desatar las carcajadas de los alumnos presentes.

Días después, Celeste y Lucrecia volvieron a encontrarse en la sala de profesores. Celeste le preguntó:

- ¿Pudieron saber algo de lo de Gastón?

- No, todavía nada.

- Yo traté de hablar, pero no quiere decir nada.

- Y bueno... que no diga nada.

- ¿Vos trataste de hablar con él?

- Te soy sincera, no. Todavía no. Yo prefiero tratar de averiguarlo de otra forma ¿viste? Porque nunca tuve mucho contacto con él y no me da para empezarlo en este contexto.

- Bueno, pero vos estás más tiempo con ellos. ¿No notaste alguna situación en la que él haya estado que pueda llegar a darte una idea?

- No, la verdad que no. En lo que veo no noto diferencia con lo que veía antes, porque casi nunca seguí las situaciones en las que él estaba. Tampoco hace mucho que soy preceptora de ese curso, pero con él me pasó eso.

- ¿Y eso por qué?

- Y... es un chico que me cae mal.

- ¿Por qué?

- Ay no sé... es muy raro ese pibe, es muy raro. Te soy sincera, no sé qué pudo haber pasado. Voy a tratar de seguir más a partir de ahora las situaciones en las que esté pero... necesito unos días.

- OK. – Suspiró aceptando Celeste – Cualquier cosa que veas, tenémos al tanto.

- Sí, yo los tengo al tanto.

Al día siguiente, Lucrecia fue a buscar a Emilio al recreo cuando éste estaba solo, lo detuvo y le dijo:

- Emilio, me gustaría hablar con vos un minuto, si no te molesta.

- No, todo bien.

- Mirá, las autoridades están muy preocupadas por lo que le hicieron a tu compañero el otro día y están tratando de averiguar qué fue lo que pasó.

- Sí, nosotros también estamos tratando de averiguar qué fue lo que pasó. Fuimos a hablar con él pero no nos quiere decir nada.

- ¿Ustedes qué relación tienen con él? ¿Son amigos?

- No, amigos no, qué sé yo, tenemos buena relación.

- Y el lunes cuando pasó eso, ¿habían tenido contacto con él?

- No, ese día no. Estábamos en la nuestra tratando de ver cómo terminábamos el trabajo de Historia que hay que entregar en unos días.

- Mm, qué raro eso, porque unos minutos antes de que pasara, yo te vi a vos y a tu grupo hablando con él y yéndose para las escaleras de la recepción.

Emilio no pudo evitar cambiar de semblante y tragar saliva. Intentó buscar las palabras para salir de la situación, pero Lucrecia se le adelantó diciendo:

- ¿Por qué no me decís qué pasó realmente?

Emilio se mostró resignado, y reprimiendo bronca le dijo:

- Él se burló del divorcio de mis padres.

- ¿Cómo se burló?

- Dijo cosas muy feas. Y nosotros jamás nos metimos con los padres de él. Es cierto que hay veces que lo vamos a molestar y que lo cargamos, pero la cargada es para él. Él las últimas veces ya venía respondiendo con ataques más fuertes, nunca con el mismo nivel de nuestras cargadas. Y el otro día se fue al carajo, mis padres se acaban de divorciar y es una cagada...

Ante esto, Emilio no pudo evitar que sus ojos se humedecieran un poco y el tener que parar. Se produjo un pequeño silencio hasta que volvió a tomar fuerzas y le preguntó:

- ¿Le vas a decir a las autoridades?

Lucrecia se tomó un segundo y finalmente contestó:

- En un rato tengo que verme con el director de estudios y el jefe de preceptores. Lo único que te puedo asegurar es que voy a hacer lo que considero que es lo correcto.

La ganadora del día III

Había algo de tráfico en la ciudad pero el colectivo por donde iba Sabrina no se veía tan afectado. Ésta era una joven de veintipico de años que iba sentada manteniendo una conversación por celular con su amiga Carola, un par de años más grande. Esto es algo de lo que decía:

- Sí, por acá todo bien, bah... más o menos en realidad. Hace unos días que vengo de un lado para el otro.

- ¿Qué pasó?

- En el trabajo cambiaron las autoridades y están haciendo un control de todo, entonces nos están haciendo llenar una pila de formularios.

- Uh, qué garrón.

- Igual el problema no es ese, el problema es que para conseguir esos formularios hay que hacer doscientos trámites previos. Todo una cosa burocrática enorme.

- Pero vos sabés que no sos la primera que escuchó que está con el tema ese de los formularios, se está haciendo en varios lados. ¿Son los formularios de antigüedad y aporte?

- Esos. Sí, exactamente.

- Pero no hace falta que hagas todos esos trámites previos. Yo conozco a un flaco, que es amigo de una amiga mía, que tiene contacto con los que dan esos formularios. Dice que no es necesario hacer los trámites. A él le están dando un montón para que pueda repartir entre sus conocidos.

- ¿En serio?

- Sí, olvidate. Mirá... el tipo hace reuniones a veces en su casa los fines de semana, yo lo conozco de ahí porque fui un par de veces, y el otro día me dijo mi amiga que va a estar haciendo una en quince días. Venite y le pedís que te dé uno.

- ¿Sí? ¿Aunque no me conozca?

- Sí, no pasa nada. Yo cuando tenga los datos te aviso bien y te venís.

- OK, espero tu aviso entonces.

- Dale, te mando un beso.

- Beso, nos vemos.

Sabrina cortó la comunicación. Algunas paradas después, se levantó para bajar por la puerta del medio. Allí en los asientos más cercanos, en el de la ventanilla, el otro se hallaba vacío, había una joven de su edad, vestida con remera, un pantalón chupín y unas zapatillas All Star que hacían juego con la remera. Parecía algo enojada y tenía los dos pies apoyados en el borde de la pequeña protección que había adelante. Sabrina no le llevó mucho el apunte, pero cuando giró la cabeza y la vio, ésta estaba mirándola fijamente aunque enseguida corrió la mirada. Finalmente se bajó.

Quince días después, Sabrina iba caminando por una avenida del barrio porteño de Almagro. Cerca de la esquina, un joven de su edad ya estaba colocando la reja en el kiosco. Fue cuando ella estaba a algunos metros, que él, de costado, llegó a visualizarla y no pudo disimular su cara de asombro por lo bella que le pareció. Enseguida trató de ocultarla y continuar con su tarea. Sabrina, que lo había visto, continuó

caminando, y al pasarlo pudo sentir nuevamente su mirada sobre ella, no pudiendo evitar que le causara gracia.

Dos cuadras más adelante, al llegar a otra esquina, se detuvo al ver que un taxi se aproximaba y levantó la mano. Algunos metros delante de ella había un joven que también la estaba levantando apurado, pero el taxi lo pasó y se detuvo donde estaba ella. Ya dentro del mismo, se puso a chequear su celular. El taxi hizo un recorrido corto hasta llegar a un edificio. Sabrina se bajó y tocó el portero eléctrico. Ante el saludo de una voz femenina, ella dijo su nombre. Automáticamente abrió la puerta e ingresó.

Al llegar al piso en cuestión, ya se escuchaba la música que era un estilo ska, y antes de llegar a la puerta, ésta se abrió intensificando el sonido de la música. Apareció Carola, que estaba con una remera, un pantalón corto y descalza. Se reconocieron al instante, se saludaron abrazándose, ingresaron y la puerta se volvió a cerrar. El departamento era bastante grande, tres ambientes que estaban algo distanciados pero unidos por distintos pasillos. Carola fue guiando a Sabrina por las distintas habitaciones. Cuando iban rumbo a la primera, dos jóvenes, un hombre y una mujer, de poco más de unos veinticinco años, pasaron por el lado de ellas dirigiéndose también al mismo lugar. Cuando ellas llegaron, Carola le mostró la habitación. En su interior estaba la pareja recién entrante con otra de la misma edad bailando. Todos con ropa informal y veraniega. Luego venía el living, donde había una pequeña barra con algunos tragos. Un joven estaba en la misma sirviéndose algo. A un costado, había otro joven que era el dueño de la casa, estaba con una remera, un bermudas y descalzo, sentado en un sillón, aunque se trataba de un sillón bastante moderno, el mismo tenía un pequeño espacio por debajo del asiento, donde se podían guardar cosas, y una pequeña palanca al costado con los distintos niveles en que podía reclinarsse el respaldo, más un nivel extra que inclinaba el asiento completo hacia atrás

con el fin de acceder al espacio de abajo. Cuando el joven la vio a Sabrina, no llegó a disimular enteramente la atracción que ella le produjo, más allá de su intento por hacerlo. Carola los presentó mutuamente y se saludaron. Luego, pasando la barra, dos mujeres y un hombre también bailaban. Todos tenían aproximadamente la misma edad que el resto de los presentes y estaban con una vestimenta similar. Carola era muy amiga de la que estaba bailando descalza, pareja del hombre que bailaba con ellas, y al verla, supo que la canción que sonaba era de las favoritas de ambas, por lo que le hizo una seña a Sabrina de que la aguardase y corrió hasta ella, ambas se sonrieron de manera cómplice y comenzaron a bailar juntas. Allí Carola le comentó que estaba mostrándole la casa a la amiga que necesitaba los formularios, y que faltaba mostrarle la habitación junto al living. Ambas miraron hacia ella, Sabrina se fue acercando de a poco. La joven le hizo un gesto con el dedo de que se acercara y junto con Carola pasaron a dicho lugar sin dejar de bailar. Sabrina continuó acercándose, y al llegar a la entrada vio que había otro pequeño grupo de gente de la misma edad bailando además de Carola y su amiga, que con sus respectivos brazos en los hombros de la otra, saltaban al ritmo de la canción, gritando su letra y dejando todo pudor de lado. Sabrina no pudo evitar ingresar. Por su parte, al joven dueño de la casa se lo veía merodear la barra, y eventualmente solía acercarse a algún grupo para integrarse en alguna charla. De esa forma fueron pasando los minutos, los momentos de baile se intensificaban de a ratos. Poco más de media hora después, Sabrina, fue a la barra a servirse algo y se quedó allí tomando su trago. En ese instante, el joven dueño de la casa fue a sentarse nuevamente al sillón. Por su parte, Carola había ido a la habitación donde había dejado sus zapatillas, para volver a ponérselas. Cuando regresó, la vio a Sabrina y se le acercó diciéndole:

- ¿Y? ¿Cómo va todo?

- Bien.

Ambas salieron del comedor y caminaron lentamente por uno de los pasillos. Carola continuó:

- Es bastante linda la casa ¿viste?

- Sí, está buena.

- ¿Y el trago? ¿Está bueno?

- Sí, ¿quierés probar?

- No, gracias.

Sabrina levantó el vaso para volver a tomar, Carola se lo detuvo y acercó su boca a la de ella. Sabrina se corrió y le dijo:

- No, Caro, ya lo hablamos esto.

- Siempre me vas a decir lo mismo.

- Sí, además conocí a un chico el otro día, estamos saliendo.

- ¿Pero qué? ¿Es algo serio?

- No sé, qué sé yo, recién nos conocimos. Además, ya no me puedo quedar más.

- ¿Qué, te levantás temprano mañana?

- En realidad los sábados no entro tan temprano, pasa que quiero levantarme antes para llenar tranquila los formularios y ya poder entregarlos mañana.

- OK, vamos a pedírselos.

- Vos no sabés dónde los puede tener ¿no?

- No, ¿por qué?

- No sé, hace rato que el tipo está sentado ahí al lado de la barra, y por momentos me pareció que me miraba de reojo, pero como enojado.

- Y si no lo miraste en toda la noche. Vamos, no importa.

Las dos se acercaron al joven y Sabrina le dijo:

- Hola, disculpame, me dijo Carola que vos tenías copias de los formularios nuevos.

- Sí, efectivamente, pero los tengo acá abajo, en el espacio de abajo del sillón. Ahora estoy un poco cansado, me acabo de sentar, en un rato me fijo bien y te los doy.

- ¿No te jode si lo hacemos ahora? Mañana trabajo temprano y ya me tengo que ir.

- Sí, me jode. – Respondió el joven dejando ver algo de enojo y con expresión un tanto provocativa – Hace unos minutos que me senté. Antes el sillón estuvo libre como una hora más o menos y ni se te ocurrió pasar. Venís ahora que me siento.

- En realidad lo dejé para antes de irme.

- Bueno, tuviste un montón de tiempo para venir y estuviste allá haciendo la tuya, yo ahora no me voy a levantar porque se te ocurrió venir ahora. Lo lamento, pero esta es mi casa y éste es mi sillón, si no te gusta... ahí está la puerta.

En ese preciso instante, se escuchó un golpe seco. De repente, el asiento completo se inclinó bruscamente hacia atrás, por lo que el joven quedó con la espalda cerca del suelo y los pies hacia arriba, mientras que los papeles del espacio de abajo quedaron descubiertos. Sabrina realizó una expresión de sorpresa y enseguida miró a Carola que, con expresión de serenidad, estaba agachada llevando su mano de la palanca del costado a los papeles del espacio de abajo, al tiempo que el joven intentaba moverse lo que podía. Sabrina no pudo evitar dejar salir una pequeña risa. Carola enseguida encontró los formularios y se los mostró preguntándole:

- ¿Son estos?

Sabrina los observó bien y contestó que sí. Acto seguido, las dos se dirigieron hacia la puerta. Sabrina seguía sin poder evitar la pequeña risa. Finalmente, Carola abrió y se retiraron juntas. Ya estaba, la competencia ya estaba terminada. Esa risa final suele ser aquella que declara al ganador... o la ganadora del día.

Empieza la curva de rendimiento decreciente

Prólogo

En el amplio salón de la imprenta, al que daba la puerta del depósito, se encontraban trabajando cuatro jóvenes, dos varones y dos mujeres. Todos aproximadamente de veintipico de años. Una de las mujeres, Natalia, dialogaba con uno de los varones, Federico, con quien más confianza parecía tener. En determinado momento, por otra entrada que había a la izquierda, ingresó Ernesto, un hombre de unos treinta y pico de años, cerca de los cuarenta, que se detuvo enojado allí, mirando al otro de los varones y preguntándole con un tono elevado:

- ¿Vos la semana pasada hablaste con un cliente y le dijiste que donde trabajabas antes entregaban los trabajos sin el certificado?

El joven lo miró sorprendido y buscó rápidamente una respuesta.

- No, no es que le dije que los entregaban sin certificado, lo que pasa es que me lo crucé acá el otro día y me contó

que tenía que retirar un trabajo que ya había pagado, pero que se le había perdido el certificado.

- ¿Y le hacés propaganda de otra imprenta?

- No, yo le dije que si hablaba con vos, seguro algo iban a poder hacer, que donde trabajaba yo antes si el cliente era de hacía mucho, algo se hacía.

- Bueno, ¿ves? Eso pasa cuando alguien habla al pedo sin conocer la situación. Por si no sabés lo que pasó, este tipo vino a hacer el encargo poco antes de que se jodiera la computadora y algunos registros se perdieran.

- Bueno, pero se puede...

- El tema es que él dice que pagó todo, pero a mí me parece que le quedaba una parte todavía, y la última vez que habló conmigo, estaba empezando a acordarse.

- Bueno, pero me imagino que algo se va a poder hacer.

- No tengo idea si algo se va a poder hacer. ¿Qué, me estás pidiendo explicaciones? ¿Quién carajo sos para pedirme explicaciones?

- Te estoy preguntando.

- Ahora no se va a poder hacer nada, porque ahora el tipo vino de nuevo seguro diciendo que había pagado y que si no le entregábamos el trabajo, a partir de ahora los iba a empezar a llevar a Salonne, que ahí siempre se resuelve a favor del cliente. Hay una sola persona acá que trabajó en Salonne.

- Pero el tipo me preguntó para ver si había visto algún caso así.

- ¿Y? ¿Y a vos qué mierda te importa que te pregunte? “No, no conozco” le tenés que decir. “Hablá con el dueño”, y ahí se termina.

- Pero yo le dije que hablara con vos, no lo mandé a Salonne.

- Le diste el argumento perfecto para que viniera a sacar el trabajo sin haberlo pagado todo. Fue el argumento perfecto para extorsionarme. A este tipo lo conozco, puede

ser que no se acuerde, pero ya han venido tipos con ese discurso. Hay gente que lo hace. Es una modalidad que están teniendo algunos.

Se produjo un pequeño silencio y Ernesto reanudó:

- Ahora se te ocurre hablar de Salone, vos solito te fuiste de ahí y hablaste con tu amigo para que te diéramos trabajo acá. ¿Por qué te fuiste de Salone si era tan buena?

El joven no dijo nada.

- ¿Eso se lo contaste al tipo?... Que no me entere que volvés a hablar con clientes asuntos que no te corresponden porque vas a volver a Salone de la patada en el culo que te voy a meter yo, ¿te queda claro?

El joven asintió con la cabeza. Ernesto finalizó la charla diciendo:

- Andá a la computadora y registrá la venta vos.

Tras esto, se retiró por donde había entrado. El joven sin decir nada salió por la puerta que daba al depósito para atravesar el mismo, allí había otra chica trabajando que lo miró disimuladamente. Él la miró también, pero enseguida sacó la vista y siguió caminando.

La puerta fue abierta por Jorge, un hombre de cuarenta y ocho años. Estaba con ropa informal, ya que era sábado a la noche. Quien se dejó ver era Natalia, la novia de su hijo mayor, que llegaba para cenar con ellos en la habitual reunión semanal, la cual, según la rutina de todos, podía variar de sábado a domingo y de almuerzo a cena. Jorge la hizo pasar, se sentaron y mantuvieron una charla hasta que Gaspar llegó y se saludó con ella. Algunos minutos después ya estaban todos en la mesa, Jorge, su esposa Diana, de cuarenta y seis años, Gaspar de veinticuatro, Natalia de veinticinco, y Julián, el hijo menor, de catorce. Continuaron

la charla previa con los temas típicos de aquellas reuniones como ser los de actualidad, y en determinado momento, Jorge dijo:

- Está complicado todo. La devaluación de principio de año le complicó la vida a un montón de gente.

- Sí, la verdad que sí – Reconoció Natalia.

- Y ahora ya avisaron lo que faltaba. Van a subir las expensas.

- Sí, ya me parecía raro que no las tocaran – Comentó Diana.

- El tema es que el sueldo nunca te lo suben.

- Totalmente – Volvió a reconocer Natalia.

- ¿Subieron mucho las expensas? – Preguntó Gaspar.

- Un veinticinco por ciento, – Respondió Jorge – que está bien, no tendría problema si lo que uno paga se viera reflejado en el edificio. El problema es que no se ve. Todo lo contrario, cada vez está peor. Lamentablemente la administradora que tenemos es... no sé qué es lo que hace con la plata que recauda.

- Lo triste es que pareciera que no le importa a nadie en el edificio.

- En realidad lo más triste es tenerla de vecina – Agregó Julián.

- ¿Qué, vive acá en el tercer piso? – Preguntó Natalia.

- En el departamento de al lado – Respondió Diana.

- Ah bueno, una situación re cómoda.

- Re cómoda. – Continuó Jorge – Ya tuve unos cuantos encontronazos con ella, porque yo voy siempre a las reuniones de consorcio, y le comunico todas las quejas que tengo, pero... o responde con el verso de que no hay plata o directamente te dice que la cosa no está tan mal, puede ser que las paredes estén sucias, pero no están tan sucias, puede ser que los ascensores se jodan a veces, pero no se joden tan seguido. Nunca hace falta mejorar nada para ella, pero a la hora de cobrar, ahí sí.

- ¿Y se la tienen que cruzar muy seguido por el pasillo?
- Por suerte, no – Respondió Gaspar.
- Es que muchas veces la evitamos. – Agregó Jorge – Si estoy por salir y escucho que ella también sale, espero a que se vaya.

Durante la semana siguiente, mientras Julián regresaba a su casa se encontró en la puerta del edificio a Nicolás, un joven un año mayor que él, que vivía en otro piso del edificio, y que parecía estar esperando a alguien. Se saludaron y Nicolás le preguntó:

- ¿Vas a ver el partido el domingo?

- No sé, cada vez que jugamos contra ustedes... ya es una cosa histórica. Aunque por la forma que le ganamos el último partido, me parece que puede haber chances.

- Es como vos decís, históricamente siempre les ganamos. Es muy caradura de tu parte que te pongas a comparar ahora porque nos ganaron el último partido.

- No es solamente porque ganamos el último partido. Nosotros venimos muy bien hace meses, estamos mejor que ustedes en la tabla.

- ¿Y qué tiene que ver? ¿Porque tuviste una racha buena ya te agrandas?

- No me agrando, pero no me parece que sea solo una racha.

Nicolás dejó salir una carcajada algo forzada y luego dijo:

- Pobrecito. Es una racha porque no tienen historia. Nunca hicieron nada.

- Eso no importa, importa el presente, y no lo querés ver porque hace cuánto que no ganan nada.

- Me das lástima, gil. Son un equipito de cuarta, los tuvimos de hijo toda la vida.

- No me importa lo que pasó antes.

- Y obvio que no te importa si nunca hicieron nada.

Primero salí campeón y después hablamos.

- Primero les vamos a volver a ganar a ustedes.

- Cuando tengas historia, ahí vení que hablamos.
- Prefiero no tener historia antes que ser unos muertos como ustedes.
- Sí, ya te quedaste sin argumento, gil, andá, respete a su padre.
- Ustedes no pueden ser los padres de nadie.
- Sí, de ustedes hace rato.
- No, mentira.
- Qué feo discutir con alguien que no sabe nada de fútbol. Igual acordate que no tenés historia.

Ya fastidiado de la charla, Julián ingresó al edificio. Cuando llegó a su piso, se veía que la puerta del departamento de al lado estaba entreabierta y se escuchaban voces de allí. Se podía ver a Magdalena, la administradora, una mujer de cuarenta y siete años, que le decía a su marido, un par de años más grande:

- Así que bueno..., yo por ahora como no tenga pruebas no voy a hacer nada por más que los de al lado me lo digan. A estos les llegás a proponer una renovación en algo y no saben de qué les estás hablando.

Tras esto, se abrió completamente la puerta y Magdalena salió, saludó a Julián y se metió en el ascensor mientras que él terminó de meterse en su departamento. Allí, al poco tiempo, sonó el teléfono y atendió:

- Hola.
 - Hola, sí, ¿Armando?
 - No, equivocado.
- Colgó, pero a los pocos segundos volvió a sonar.
- Hola.
 - Sí, disculpame, ¿no es donde vive Armando?
 - ¿No, con qué número querés hablar?
 - Cinco, ocho, tres, nueve, siete, seis, tres.
 - Sí, ese es el número, pero acá no hay ningún Armando.
 - Ah, entonces... ¿Quién habla?
 - Julián.

- Ah Julián. – Dijo la voz como recordando algo – Claro, ya me parecía, me equivoqué de número. Disculpá, marqué este número por error, yo soy amigo de tu hermano. Daniel me llamo.

- Ah, ¿qué tal?

- Bien, todo bien. Disculpá, tengo la agenda que es un quilombo, quería llamar a Armando y terminé marcando el número de tu hermano.

- No, todo bien.

- Bueno, un gusto che haber hablado con vos, él siempre me habla re bien de vos, me cuenta tus cosas y nunca había tenido oportunidad de hablarte.

- ¿Mi hermano te habla re bien de mí? Es raro eso – Dijo Julián, con tono gracioso.

- No, siempre me habla bien de vos. Bah, no me habré equivocado de nuevo, vos sos el hermano ¿no?

- Yo soy el hermano de Gaspar.

- Sí, bueno, entonces estoy hablando con la persona correcta. Escuchame, mandale un saludo a Gaspar. Un día de estos lo tengo que llamar de nuevo.

- Dale.

- ¿En qué horario lo puedo ubicar?

- Y él llega a la noche.

- ¿Tipo ocho?

- A las ocho llega, ya a partir de ahí lo encontrarás seguro.

- Buenísimo, Julián. Mil gracias y de nuevo un gusto.

- No, no hay problema.

Tras colgar el teléfono, Julián pareció algo contento por lo que el hombre le había dicho, pero el mismo tiempo no pudo evitar la expresión que indicaba que algunas cosas no le cerraban. Eventualmente, trató de olvidarse, fue a su habitación, se sacó las zapatillas y se puso a ver televisión. Esa noche, como todas las noches de miércoles, Natalia fue nuevamente a pasar un rato con Gaspar. Sin embargo, por un tema de trabajo, Gaspar se había retrasado y fue Julián

quien le abrió y la hizo pasar. Luego de informarle esto, Julián le ofreció escuchar, mientras esperaba, una nueva banda que había conocido y que le había fascinado, llamada Rhapsody. La invitó a su habitación a escucharla. Ambos se sentaron en la computadora, y él maniobró los pasos en el programa de música, primero le hizo escuchar algunos temas de la banda y luego algunos temas de Luca Turilli, el líder de la banda como solista. Julián se lo vendía de una forma muy convincente, aunque cuando terminaron, ella le dijo que estaba bueno pero que podía ser demasiado para ella si lo escuchara un largo período de tiempo. Poco después, llegó Gaspar, y Natalia fue a saludarlo ya quedándose con él en el comedor. Julián pasó un rato después por allá y le dijo a Gaspar:

- Te manda saludos Daniel, dice que en estos días te va a llamar.

Gaspar se mostró confundido y preguntó:

- ¿Daniel?

- Sí.

Gaspar intentaba recordar pero no parecía lograr el cometido, por lo que Julián le preguntó:

- ¿No conocés a nadie que se llame Daniel?

- Sí, pero no que sea amigo mío. ¿Preguntó por mí y dijo que después me llamaba?

- Sí, que en estos días te llamaba.

Gaspar se mostró resignado y acabó diciendo:

- OK.

Tras esto, Julián volvió a su habitación donde continuó escuchando Rhapsody.

El fin de semana siguiente, la reunión con Natalia volvía a realizarse un sábado a la noche. Esta vez, ya estaban todos, pero faltaba que llegara Julián que había pasado a retirar unas carpetas de la casa de un compañero del colegio. Cuando todos se sentaron en la mesa, el clima era sumamente opresor y oscuro. Todos miraban a Julián con expresión

neutra, menos Jorge que lo miraba enojado. Finalmente éste le preguntó:

- ¿Vos en la semana atendiste algún llamado preguntando por Gaspar?

Julián pensó un segundo y respondió:

- Sí, el miércoles.

- ¿Atendiste y pidieron por Gaspar?

- No, en realidad primero fue equivocado. Llamaron preguntando por Armando. Cuando llamaron de nuevo, me preguntaron si ese era el número, les dije que sí, pero que no había ningún Armando, y ahí me dijeron que se habían equivocado de número, me dijo que era un amigo de Gaspar, pero que había marcado su número por equivocación.

- ¿A vos te dijo él que era un amigo mío? – Intervino Gaspar.

- Sí.

- ¿Pero él te mencionó mi nombre?

Julián pensó nuevamente y dijo:

- Sí.

- No se lo dijiste vos – Intentó asegurar sin perder su enojo Jorge.

- Claro. – Reafirmó Gaspar – Ahí está el tema.

Julián trataba de evitar sus nervios y dijo:

- La verdad que no me acuerdo bien cómo fue, me acuerdo que me dijo que era amigo de mi hermano y después me dijo que Gaspar le había hablado re bien de mí, lo cual me sorprendió. Entonces ahí trató de asegurarse, y yo le dije: “soy el hermano de Gaspar”.

En ese momento, Jorge golpeó la mesa con la mano abierta y con expresión de fastidio, luego llevó sus manos a la cara negando sin poder creerlo. Julián continuó diciendo:

- Pero ahí me dijo que sí, que era Gaspar del que estaba hablando.

- Y obvio, ¿qué te va decir? – Explicó Gaspar.

- Bueno, pero ahí fue donde mencionó a Gaspar.

- Porque ya te lo había sacado.

- Yo no entiendo cómo podés ser tan boludo, Julián –
Dijo resignado Jorge.

Julián se quedó en silencio y algo asustado.

- ¿Vos sabés que hoy a la tarde la asaltaron a tu madre? Alguien entró al edificio y tocó el timbre acá arriba diciendo que era Daniel, un amigo de Gaspar, que venía a devolverle unos papeles de trabajo que él le había prestado. Cuando abrió la puerta, el tipo sacó un arma. Le hizo ir a buscar toda la plata que tuviera en la casa. Decí que el tipo estaba solo, y una vez que le dio la plata se fue, porque si hubieran venido más y hubieran querido llevarse más cosas, andá a saber lo que podría haber pasado.

Se produjo un silencio de unos segundos y Jorge continuó:

- Siempre hacés esto. Vos no pensás antes de hacer las cosas. Por eso la gente te pasa por arriba, todos hacen lo que quieren con vos. El tipo vio que te podía tirar la lengua, te hizo preguntas y vos no te animás a decir que no. Parece que tuvieras miedo, que no pudieras decir: “No, señor. Acá no vive ningún Armando”, y se terminó.

- Eso fue lo que le dije.

- Y cuando te dice que se equivocó y que es amigo de tu hermano: “Bueno, llámelo cuando esté”, y si alguien te pregunta cómo se llama tu hermano o cómo te llamas vos, no se lo decís, le decís: “Disculpe señor, si quiere hablar con mi hermano, llámelo cuando esté. Disculpe, pero no le puedo decir nada más”, listo, y ahí cortás. Pero no, parece que tenés miedo de todo. Te hace preguntas y vos le respondés todo lo que quiere saber. El tipo hizo lo que quiso con vos, te sacó toda la información que quería, y menos mal que paró ahí, porque si te seguía preguntando por otros, vos se lo decías también. No entiendo cómo te podés dejar manejar así. No entiendo cómo dejás que un tipo cualquiera te tome de boludo como te tomó. No entiendo por qué no

podés ser lo suficientemente firme como para que el otro no te joda. Si alguien quiere saber algo de la familia: “No señor, yo no puedo darle información, llame en otro momento”, y no tenés que decirle nada más. Pero como no empieces a ponerte firme y a dejar que nadie te pase por encima, y a pensar antes de hacer cada cosa, todos te van a seguir jodiendo, cuando termine uno, va a venir otro, y cuando termine ese, va a venir otro más.

Ahí Jorge se detuvo y Diana acotó:

- La situación del país está cada vez peor. Esto es moneda corriente encima. Hace poco en el noticiero dijeron que se habían dado casos así, de tipos que llaman, averiguan nombres, y por el número de teléfono ya pueden sacar la dirección.

- Sí, pero ese también es un problema que hablé más de una vez con la administradora en las reuniones. Porque la cerradura es vieja y está rota, y hay algunas llaves de otros lugares que si las ponés de determinada forma pueden abrir la puerta. Yo lo hablé el tema, hay que cambiar la cerradura del edificio, porque ya hubo casos de gente que entró, y la mina lo niega, que no, que es imposible entrar. Ahora en la reunión de la semana que viene se lo digo de nuevo, hasta que no la cambie no paro.

El domingo a la tarde, Julián estaba sentado en una silla de su habitación, cabizbajo y con una expresión que juntaba la bronca con la tristeza. Para determinado momento, ingresó Diana. Julián no se movió y ella le preguntó:

- ¿No ves el partido?
- No tengo ganas.
- ¿No querés que te haga algo?
- No.

Hubo un silencio de unos segundos. Diana respiró hondo y le dijo:

- ¿Vos sabés que... al tipo que me asaltó me pareció haberlo visto alguna vez?

Julián la miró interesado.

- No me puedo acordar, pero estoy casi segura de que lo vi antes en algún lado.

- ¿Por acá por el barrio?

- Sí.

- Podría ser tranquilamente uno de los barras que van al club que hay acá a tres cuadras.

- ¿Van barras a ese club?

- A todos los clubes van los barras. Hasta a los clubes de barrio como ese.

Se volvió a producir un silencio y Julián retomó:

- Yo conozco a alguien que juega en ese club. Un chico que vive en el edificio.

- ¿Quién?

- Nicolás se llama. Tiene un año más que yo.

- Ah, - Exclamó Diana recordando – creo que lo conozco. ¿No vive en el segundo?

- Sí.

- Sí, lo conozco.

Diana volvió a respirar hondo y le dijo:

- Cuando quieras tomar algo, avísame.

Luego de eso, salió de la habitación.

En la semana, dentro del hall del edificio se encontraban siete propietarios del mismo parados y formando una ronda. Entre ellos estaban Jorge y Magdalena. El clima parecía tenso y lo que se decía era en un tono más alto de lo normal. Un joven salió del ascensor y pasó entre ellos sin decir nada hasta salir del edificio. Para entonces, Magdalena le decía a Jorge:

- Lamento mucho lo que pasó, pero no podemos hacer un cambio así por eso.

- No es solamente por eso, esto viene pasando hace mucho y ya te lo había dicho en reuniones anteriores, hay gente que puede abrir la puerta porque está rota la cerradura.

Te dije que iba a pasar algo y no me diste pelota, y terminó pasando.

- ¿Cómo sabés que el tipo entró de esa manera?

- Mi mujer no le abrió.

- No importa, le pudo haber abierto cualquier persona que salía o entraba. Yo nunca lo hago, pero hay personas que aunque no conozcan al que está afuera lo dejan pasar igual.

- Yo nunca vi a nadie haciendo eso.

- Yo sí lo vi.

- Bueno, no me importa.

- A mí sí me importa. Acá no estás viendo lo esencial, Jorge. Vos vivís paranoico con algunas cosas.

Para entonces, una joven ingresó al edificio y también pasó sin decir nada hasta subir al ascensor.

- ¿Yo vivo paranoico? Me acaban de asaltar y robar una cantidad enorme de plata, y decís que estoy paranoico.

- Y lamento muchísimo lo que les pasó, pero yo no voy a tomar cierto tipo de medidas. Porque si fuera por vos, pondrías también una cámara en la entrada para que cada vez que pasa caminando alguien de piel oscura, suene una alarma que le avise a todos los vecinos.

- Dejate de joder. ¿Me vas a venir con eso?

- Yo le puedo decir a todos los que están acá que no dejen pasar a nadie que no conozcan, pero no puedo tomar ese tipo de medidas hasta que se pruebe que hay gente que puede entrar con otras llaves. Lo dice el estatuto.

- No me importa el estatuto, me importa la seguridad de los que vivimos acá.

- A mí también me importa la seguridad de los que vivimos acá, por eso respeto el estatuto, y si hay algún tipo de conflicto hay que denunciarlo con pruebas, no con ideas paranoicas para que después otro venga con otra idea más paranoica que la anterior y nos terminemos encerrando cada vez más detrás de un muro.

- No digas pavadas, por favor te lo pido.

- Vos sos el único que está diciendo pavadas, dale, construyamos un muro también, así te quedás tranquilo.

En ese momento, algunos de los vecinos restantes calmaron a ambos y trataron de poner un paño frío a la situación.

Días después, se la vio a Diana ingresar al club del barrio. Caminaba como si tuviera que hacer algo allí dentro, aunque disimuladamente no dejaba de observar las instalaciones, solo lo hacía cuando pasaba por al lado de algún grupo de personas. De esa forma llegó a los vestuarios ubicados a un costado de la cancha de fútbol. Allí se detuvo observando ahora más detalladamente lo que la rodeaba, había una silla vieja cerca de la puerta de uno de estos, y unos metros más adelante estaban los casilleros. La mayoría estaban abiertos y vacíos, y los que estaban cerrados no tenían puesto candado, por lo que chequeó que no viniera nadie y comenzó a abrir cada uno lo más silenciosamente posible para ver su contenido. Después de ver algunos, abrió uno en el que se encontró una mochila que le pareció haber visto alguna vez. Volvió a chequear que no viniera nadie y la abrió. Encontró unas cajas que parecían de DVDs y en una de ellas vio que había una pequeña etiqueta con el nombre Nicolás. Retiró la caja y la abrió. Luego de eso, cerró la puerta del casillero haciendo un fuerte ruido y empezó a abrir y cerrar la caja del DVD lo más ruidosamente posible. Al ver que no pasaba nada, abrió de nuevo el casillero, tomó otras de las cajas de la mochila y las tiró al suelo. Acto seguido las empezó a levantar juntándolas haciendo también el mayor ruido posible. Cuando las ponía nuevamente en el casillero, se escuchó a lo lejos la voz de un joven diciendo:

- Eh, eh, eh.

Y al segundo salió caminando apurado del vestuario Nicolás, con la camiseta de la selección argentina, un

pantalón corto y descalzo, que se detuvo enseguida al ver a Diana. Ésta lo miró y le preguntó:

- ¿Vos sos Nicolás?

- Sí.

- ¿Cómo estás? Mirá, yo soy una vecina de acá del barrio.

No sé si te llegaron a contar, un grupo de vecinos queremos armar un grupo que se encargue de mantener y cuidar el club del barrio. ¿Vos hace mucho que venís acá?

- Sí, hace un par de años me hice socio, pero vengo para el fútbol solamente. No soy de los que vienen seguido...

- OK, te comento que la idea surgió de la preocupación que hay entre los vecinos por la presencia cada vez mayor que hay de barras bravas.

- Ah, sí.

- Sentate, no te voy a demorar mucho.

Nicolás se sentó en la silla que había cerca de la puerta del vestuario y ella se puso frente a él.

- Si hace un par de años que venís al club, seguramente estarás al tanto de lo que te digo.

- Sí, en realidad mucho no porque no tengo contacto con ellos.

- No hace falta que tengas contacto, con verlos caminar por el club ya es suficiente. Éste es un club de barrio, no debe tratarse de un grupo muy numeroso. Lo que estamos interesados en saber es en qué momentos se los suele ver por acá.

- Es que no soy de prestar atención.

- Mirá Nicolás, es imposible no haberles prestado atención. Solamente queremos saber los horarios que suelen frecuentar. Si no lo hacés, el grupo se va a encargar de venir un día con la policía y va a hablar con todos los socios uno por uno, en lo cual por supuesto vas a estar incluido vos.

Nicolás se mostró algo resignado y dijo:

- Yo vengo martes y jueves acá.

- Ajá.

- Siempre que los vi, los vi de martes. De jueves nunca.
- ¿Y hoy los viste?
- Sí. Los veo en la cafetería cuando llego y cuando me voy ya no están.
- OK.
- Pero hubo martes que no los vi.
- Gracias – Acabó la conversación Diana retirándose por donde había venido.

Esa tarde, Julián salía del departamento, y mientras esperaba el ascensor, se empezaron a escuchar voces del departamento de al lado, a los pocos segundos, la puerta se abrió y salió Magdalena que saludó a Julián y se quedó al lado esperando el ascensor también. Hubo un silencio de unos segundos y Julián le preguntó:

- ¿Y? ¿Se pudo arreglar algo el otro día?
- No, no se pudo arreglar nada.
- ¿O sea que no van a cambiar la cerradura?
- No, no vamos a cambiar la cerradura porque tu papá lo dice. Hay un estatuto que se tiene que respetar.

En ese instante, llegó el ascensor. Magdalena abrió y pasó, luego pasó Julián que cerró. Mientras bajaban, ella siguió diciendo:

- ¿Qué, te mandó él a preguntar? ¿A ver si cambio de postura?
- No.
- Ya te va preparando de a poquito para que seas un ignorante como él.

Julián bajó la cabeza sin decir nada. Magdalena acabó la conversación diciendo:

- No se puede así. Con tu papá no se puede.

Finalmente el ascensor llegó a la planta baja y ambos fueron a sus respectivos destinos.

Cuatro meses después.

La situación era algo diferente. Gaspar y Natalia ya no eran pareja. Habían terminado a causa de una infidelidad de ella con su compañero Federico, quien luego se convirtió en su pareja. Pero los días continuaban pasando normalmente. Una noche, Jorge estaba solo en su casa. Había llegado hacía poco del trabajo e intentaba distenderse. Estaba en la cocina preparándose algo para tomar con la ropa del día y descalzo. Para entonces tocaron el timbre del departamento. Jorge dejó lo que hacía y se acercó a la puerta algo sorprendido ya que todos en su familia tenían llave. Miró por la mirilla y vio a un joven de unos veintipico de años que no había visto nunca. Tratando de hacer el menor ruido posible, volvió a la cocina a seguir con lo que hacía, pero a los pocos segundos el timbre volvió a sonar ahora un rato más largo. Jorge volvió a interrumpir su actividad, fue nuevamente hasta la puerta y preguntó:

- ¿Quién es?

- Soy la persona que le robó.

Jorge abrió los ojos aún más de la sorpresa, el joven continuó:

- No vengo a robar, tengo que hablar con usted, por favor, ábrame la puerta.

- Mirá, disculpame, estoy ocupado en este momento.

- Por favor, tengo que hablar con usted, ábrame la puerta.

- No te voy a abrir la puerta. Andate antes de que llame a la policía.

- Escúcheme, su señora fue a hacer la denuncia y se equivocó. Fue al club para reconocer al que le había robado, y cuando hizo la denuncia, se equivocó y lo acusó a mi hermano que no tiene nada que ver, y él tiene antecedentes y con esto lo van a recontra matar. Tienen que ir a sacar la denuncia contra mi hermano, así yo me entrego para pagar por lo que hice, pero él no tiene nada que ver, por favor se lo pido.

- OK, yo voy a hablar con mi mujer y ella va a ir a sacar la denuncia.

- No, tiene que ser ahora.

- No está mi mujer ahora.

- Entonces venga usted.

- Yo no voy a ir a ningún lado.

- Lo tenemos a Julián. Está en el club con el resto de la banda, si no viene lo matamos.

Automáticamente, Jorge quedó fuera de sí de la bronca y abrió la puerta bruscamente, allí vio al joven al lado del ascensor con las puertas sin cerrar, y le dijo con un tono elevado:

- ¿Agarraste a mi hijo, hijo de re mil puta? ¿Y venís acá a amenazarme para que saque de la cárcel a tu hermano?

- Él no fue el que les robó, fui yo, la concha de tu madre

- Respondió el joven igualando el tono - ¿Por qué no me acusaron a mí? Mi hermano tiene antecedentes.

- Me importan tres carajos los antecedentes de tu hermano. Traigan a Julián ahora porque tu hermano se va a pudrir en la cárcel.

- No, la concha de tu madre, andá a retirar la denuncia y traemos a Julián.

- ¿Cómo mierda sé que lo tienen?

- Lo tenemos ahí, está con el resto de la banda.

- Quiero hablar con él.

- No se puede hablar con él ahora, está allá te dije, si no venís ya te lo vamos a traer muerto.

- Yo no voy a ningún lado hasta que hable con él.

En ese instante, apareció subiendo lenta y silenciosamente por las escaleras Julián, con expresión de temor y confusión al escuchar la discusión. Cuando estaba a pocos escalones de llegar al piso, vio la situación y se detuvo entrando en pánico y sin dejarse ver. El joven ya totalmente fuera de sí, continuó diciendo:

- La concha de tu madre, gato de mierda, me estás haciendo engranar, vení a sacar la denuncia o tu hijo se muere.

- Dejame hablar con él o no voy a ningún lado, hijo de re mil puta.

- ¿No vas a ningún lado? ¿No vas a ningún lado?

En ese instante, el joven sacó una pistola de su bolsillo, se la puso en la frente a Jorge y sin dejar pasar segundo disparó. Jorge cayó al suelo sin vida, boca arriba, con su torso dentro del departamento y sus piernas afuera. Al segundo se empezaron a escuchar los gritos de desesperación y terror de Julián. El joven bajó corriendo por las escaleras pasando por al lado de él como si no estuviera. Julián, sin poder sacar los ojos de Jorge y en un estado de shock total, continuaba gritando desesperadamente y subiendo los escalones que le faltaban para llegar al piso. A los pocos segundos, se abrió la puerta del departamento de al lado y apareció Magdalena que lo vio y giró la cabeza a donde estaba el cuerpo de Jorge, abriendo aún más los ojos ante la sorpresa. Volvió en sí por los gritos de Julián que no cesaban, por lo que se le acercó, le pasó su mano por atrás de la espalda y lo llevó hacia ella mientras le tapaba los ojos con la mano y le siseaba dulcemente, aunque los gritos no se detenían. El marido de Magdalena se acercó a la puerta, ella lo miró y le hizo una seña con la cabeza, soltó a Julián y él lo hizo ingresar despacio en su departamento. Magdalena volvió a mirar el cuerpo de Jorge, aún incrédula de la situación, sacó su celular del bolsillo y llamó a la policía.

Sumario

Incommodae simulationis	7
La neurona de Hebe de Bonafini (o El orgullo de la gente común de no hacer nada importante con su vida)	37
El mensaje del retrato en la casa de Jazmín 2	49
El efecto metrópolis 2	69
Epílogo de “El estado de disipación”	75
La víctima equivocada	87
El hada perspicaz (Versión alternativa)	91
Las horas bajas (Los estragos del bullying)	97
La ganadora del día III	107
Empieza la curva de rendimiento decreciente	113

Maximiliano Orioli (15 de septiembre de 1982, Buenos Aires)

Conocido como el escritor de formación cinematográfica, por sus estudios en el CIEVYC y en la Fundación TEBA, fue el autor de numerosos guiones así como de relatos cortos, cuentos y crónicas en una narrativa que se caracteriza por una impronta guionística. Durante los últimos años se publicaron las recopilaciones de sus obras en los siguientes libros:

“Restos de dictadura” y “El día que la vida me ponga de rodillas” (Recopilaciones de sus guiones para cine)

“Inanedrama” y “Defiendan la ley de la dictadura como sea (y otros relatos)” (Recopilaciones de sus relatos y cuentos)

“La lista negra de San La Muerte” (Recopilación de sus crónicas policiales, antes conocida como “Escándalo nacional”)

“Los participantes. Un reality show no televisado (y otras historias) (libro 1 y 2)” (Recopilaciones de sus obras más contemporáneas, en todos los formatos)

“Las obras ocultas” (Recopilación de sus obras que permanecieron ocultas)

Los mismos pueden encontrarse en diversas librerías de Buenos Aires o descargarse gratuitamente desde sus páginas web oficiales, y han sido presentados en lugares como la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso Nacional, la Biblioteca de la Legislatura Porteña, la Manzana de las Luces, la Sociedad Argentina de

Escritores, el Centro Cultural de la Cooperación y el Café Tortoni. Además, han sido parte de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, la Feria del Libro Infantil y Juvenil realizada en Tecnópolis y en el Centro Cultural Kirchner, la Feria del Libro de La Matanza, Avellaneda, Lanús, Mar del Plata y la Feria del Libro Teatral realizada en el Teatro Nacional Cervantes.

Realizó el proyecto: “Artistas leen a Maximiliano Orioli”, compuesto de varios videos en los que artistas de diferentes ramas, incluyendo el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, leen obras de su autoría. Además, realizó dos largometrajes: “Así se dieron las cosas” y “El día que la vida me ponga de rodillas”, basados en obras de su autoría, el último protagonizado por el actor Gastón Pauls.

Este libro, en formato electrónico, se terminó de hacer en
febrero de 2022, en Buenos Aires, Argentina

El octavo libro de Maximiliano Orioli, conocido como el escritor de formación cinematográfica. “Me preguntaron en la feria por qué le regalaba mis libros a aquellos que se acercaban y no podían comprarlo, o por qué cuando se acercaba otro escritor sencillamente realizaba un trueque. A todos les digo que aunque mis libros siguen en las librerías, hace tiempo pueden ser descargados gratuitamente de mis páginas web, por el mismo motivo que los regalo o los doy en trueque en las ferias. Solo soy un artista enamorado de su obra, que nunca va a condicionarla por cuestiones comerciales, ni al contenido ni a la llegada. Al final del día, todo se trata de haber emprendido una cruzada por darle al mundo un aporte cultural que trascienda por su estilo único e inconfundible.”

SADE - 1941

